BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERIE SERVICIO SECRETO

el cebo

keith luger



Matt Foster, director del *Star*, de Los Angeles, pegó un puñetazo en la mesa y dijo:

—¿Dónde está James Baxter?

El hombre que estaba al otro lado de la mesa, el redactor jefe, Clive Gilbert, se mojó los labios con la lengua.

—No sé nada de él.

—¿Desde cuándo?

—Se fue a Nueva York.



Keith Luger

El cebo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1050

ePub r1.0
LDS 19.02.18

Título original: *El cebo*
Keith Luger, 1970
Cubierta: Rafael Cortiella
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



Capítulo primero

Matt Foster, director del *Star*, de Los Angeles, pegó un puñetazo en la mesa y dijo:

—¿Dónde está James Baxter?

El hombre que estaba al otro lado de la mesa, el redactor jefe, Clive Gilbert, se mojó los labios con la lengua.

—No sé nada de él.

—¿Desde cuándo?

—Se fue a Nueva York.

—Eso fue la semana pasada. ¿Cuándo mandó la última crónica?

—Hace tres días.

—¿Quieres decir que no sabes nada de James Baxter desde hace tres días?

—Sí, señor Foster.

El rostro de Foster empezó a enrojecer, y Clive Gilbert sabía que eso era un síntoma de que estaba a punto de estallar en cólera, y cuando Foster estallaba era conveniente mantenerse alejado.

—Mujeres, ¿eh?

—Es lo suyo.

—No debería ser lo suyo. James fue a Nueva York a hacer un trabajo y, si lo terminó, debió regresar.

—Sí, señor.

—Sólo fue a Nueva York para hacer las crónicas del juicio de Ricky Norton. Y que yo sepa, el jurado emitió ya su veredicto.

—Hablé con James por teléfono cuando envió la última crónica. Me dijo que su tía Ursula estaba muy grave.

—¿Su tía Ursula? ¿Qué tía Ursula?

—Fue lo que él dijo.

—Dime, Clive, ¿cuántas tías tiene Baxter?

—No sé.

—Yo sí lo sé. Le he oído hablar de su tía Edith, de su tía Gertrudis, de su tía Agatha… Y ahora sale con la tía Ursula. ¿Cuántas tías he contado, Clive?

—Tres.

—¡Cuatro!

—Oh, sí, señor. Cuatro.

Foster hizo una pausa mientras sacaba el pañuelo que se pasó por la cara.

—Despídelo.

—¿Cómo ha dicho, señor Foster?

—¡Que lo despidas!

—Pero James lleva siete años en el periódico.

—Por mí como si llevase dieciséis.

—Es nuestro mejor corresponsal volante.

—Sí, Clive. Es nuestro mejor corresponsal volante y por eso siempre está volando.

¡He dicho que lo despidas!

—Sí, señor.

—Estaremos más tranquilos. Un periódico no es un bar. Contrata a Jeff Travers para sustituir a James.

—Lo intentaré, señor Foster.

—Puedes retirarte.

En aquel momento sonó el interfolio y Foster abrió la clavija correspondiente.

—Señor Foster —dijo una voz femenina.

—¿Qué pasa, Nancy?

—Aquí está el señor Baxter.

—¿Quién has dicho?

—James Baxter.

El rostro de Foster se puso otra vez rojo.

Antes de que pudiese hablar, oyó una voz masculina por el interfono.

—Hola, jefe, aquí James Baxter. ¿Se acuerda de aquella caña de pescar de que le hablé? Aquí se la traigo.

Foster miró a Clive y éste bajó los ojos.

Se abrió la puerta y entró James Baxter con algo en la mano. Una funda.

—Su caña de pescar, jefe… Hola, Clive. ¿Cómo va ese reuma?

James Baxter tenía veintiocho años y era alto, de cabello negro, ojos azules, nariz recta y mentón hendido.

Se detuvo ante la mesa y, sin esperar ninguna respuesta, hizo correr el cierre de la funda y sacó una caña de pescar telescópica, que alargó con movimientos precisos, hasta que la caña adquirió toda su largura.

—Truchitas a mí, truchitas… Eh, jefe, si con esta caña no gana el campeonato, es que no tiene usted idea de lo que es atrapar una trucha.

—¿Sabes tú atrapar a una mujer?

James se quedó con la boca abierta.

—Jefe, eso no se pregunta —rió.

—Claro, se te debe dar por supuesto.

—Jefe, ¿es que está celoso?

—¿Cómo?

—Lo digo por si Nancy le contó que le gasté alguna broma relacionada con su minifalda. A propósito, le he dicho a Nancy que la siga llevando porque así puede seguir luciendo sus hermosos remos.

—¡Basta de remos! ¡Basta de cañas de pescar!… ¡Basta de truchas!

—Y basta de Nancy —agregó James en voz baja.

—¿Qué es lo qué has dicho?

—Nada, jefe, nada. Sólo estaba pensando en voz alta.

Clive Gilbert se levantó y fue a dirigirse hacia la puerta.

—Clive, ¿dónde vas? —rezongó Foster.

—Tengo trabajo.

—No dije que te retirases. Siéntate.

—Sí, señor Foster.

Clive volvió a ocupar su sillón.

James seguía sosteniendo la caña con la diestra.

Foster lo señaló con el brazo extendido.

—James, ¿sabes lo que le decía a Clive hace un momento?

—Imagino que estaban considerando las hermosas crónicas que les he enviado desde Nueva York. Pero no me felicite. Sé que ha sido el mejor trabajo que he hecho para el *Star*.

Foster se había puesto otra vez rojo.

—James, le dije a Clive que te despidiese.

James iba a decir algo, pero miró antes a Clive y luego otra vez a Foster.

—Vaya, vaya, vaya, confabulándose a mis espaldas, ¿eh? Eso no está nada bien, señor Foster.

—Basta, James.

—Espero que sea una broma.

—No es una broma.

—¿Quiere decir qué…?

—Que estás despedido, James.

—No habla en serio, señor Foster.

—Te dije que no era una broma.

—Será mejor que reconsidere la situación.

—Ya está pensada y decidida.

James miró a Clive.

—¿No tienes nada que decir, Clive?

—Ya lo dije.

—¿Y qué fue lo que dijiste?

—Que eras nuestro mejor corresponsal volante.

—¿Qué contesta a eso, señor Foster?

—Nada, no tengo nada que contestar.

—¿Se va a quedar sin su mejor corresponsal volante?

—Sí.

—De acuerdo, señor Foster, usted es el dueño de su periódico y el que lo dirige. ¿Ya ha pensado en mi sustituto?

—Sí.

—¿Y quién va a ser? —Jeff Travers.

—¿Ese principiante?

—Lo está haciendo tan bien como tú.

—No, señor Foster, no lo hace ni la mitad de bien que yo. No tiene mi agudeza, ni mi ingenio, ni mi talento. Jeff Travers sólo es un payaso, un aprendiz de periodista, y sería mejor que lo pensase de nuevo.

Foster rió con ferocidad.

—Pasa por caja dentro de media hora… Ordenaré que te paguen lo que se te debe.

James sacudió la cabeza.

—De acuerdo, señor Foster, pero muy pronto ordenará que me

llamen. No se preocupe, hágalo cuando quiera, en cuanto llegue a la conclusión de que yo soy, el mejor y que no puede prescindir de mí. Le bastará con darme un telefonazo. ¡Y entonces yo le mandaré al cuerno!

Se dirigió con paso rápido hacia la puerta, pero se detuvo en el camino y regresó hacia la mesa, donde había dejado apoyada la caña de pescar.

—¡No piense que le voy a regalar esto! ¡Yo seré quien pesque las mejores truchas!

Luego continuó su camino y salió del despacho de Foster pegando un fuerte portazo.

Clive dio un suspiro.

—James sigue siendo el mejor, señor Foster.

—¡Pero ya estoy harto de su indisciplina! James Baxter no dirige el *Star*. Soy yo quien realiza esa misión y no puedo consentir que ninguno de mis empleados haga lo que le de la gana.

La puerta se abrió y entró de nuevo James Baxter.

Ya no tenía la caña de pescar en la mano. Ahora manejaba un papel.

Foster saltó del sillón.

—¡James, creí que nos habíamos despedido para siempre!

—Lea esto primero.

—¿Qué es?

—Una carta.

—¿A quién va dirigida?

—A mí, naturalmente.

—No necesito leer ninguna carta que te dirija alguna admiradora. Sé que recibimos muchas, pero ni con todas tus admiradoras juntas conseguirás que yo te readmita.

James se apoyó en la mesa. Seguía sonriendo.

—No lo conseguirán mis admiradoras. Pero lo puede conseguir un asesino.

—¿Un qué?

—Dije un asesino. Escuche esta carta y sabrá de qué hablo.

Antes de que Foster pudiese protestar de nuevo, James leyó en voz alta:

«Estimado señor Baxter: Desde hace años leo con

interés sus crónicas acerca del mundo del crimen. Posee usted un estilo único, muy personal y le felicito por su intuición y por su ingenio…».

—¡Deja ya eso! —gritó Foster.

—¿Qué le pasa, señor Foster?

—¡Estás leyendo una carta escrita por ti mismo!

—¿Por qué no deja que acabe?

Foster sonrió con sarcasmo.

—Muy bien, Narciso. Sigue alabándote. James continuó su lectura de la carta.

«Señor Baxter, es un honor para mí informarle que voy a cometer un crimen. Sí, ha leído usted bien. Voy a cometer un asesinato. ¿Quién es la víctima? Naturalmente, sólo le puedo dar unos datos. Voy a cometer mi primer crimen. ¿Y cómo no elegir como víctima a una mujer hermosa? ¿Qué le parece si mato a una joven de ojos claros y con cabello que parezca llamaradas de fuego? Estoy seguro de que una atractiva pelirroja es la clase de víctima que usted necesita para un buen relato. Nadie me va a echar mano. Ese delito quedará impune. Debo estar libre para cometer mi segundo asesinato, del cual le informaré en el momento oportuno. Ya terminé mi carta, señor Baxter. ¿Con qué nombre firmo? Naturalmente, no puedo firmar con el mío. ¿Qué le parece éste? “El Ángel del Odio”».

CAPÍTULO II

James Baxter había terminado de leer la carta y miró a los dos hombres que le habían escuchado. Estaban inmóviles.

Foster fue el primero en reaccionar y lo hizo a su manera, pegando un puñetazo en la mesa.

—¡Farsante!

—No le he oído bien, «diré».

—¡Tramposo!

—Sigo sin oírle.

Foster se puso en pie y señaló el papel que James tenía en la mano.

—¡La has escrito tú mismo!

—Cree que tuve tiempo.

—Presumiste lo que iba a pasar y te la enviaste a ti mismo a esta oficina.

James se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—Nancy, ¿quieres pasar?

Se oyeron pasos y entró una joven de unos veintitrés años, morena, con cabello cortado a lo paje, minifaldera. Parecía haber salido de una revista de modas o de una *boutique* dedicada a la vestimenta juvenil.

—Querida Nancy —habló James pasándole el brazo por los hombros—. ¿Quieres decir a tu jefe cuándo llegó esta carta?

—Ayer.

—¿A qué hora?

—En el reparto de mediodía.

Foster lo señaló con el brazo extendido.

—De acuerdo, fue en el reparto de mediodía. Pero eso no anula mi acusación. ¡Tú la escribiste!

—No la escribí.

—¿Qué vas a decir tú?

—La verdad.

—No sabes lo que es eso, James Baxter.

—Está bien. Hay otros periódicos que están deseando tener en sus filas a un periodista honesto.

—¿Dónde está ese periodista honesto? —repuso Foster, mirando a un lado y a otro de la habitación.

Clive alargó la mano hacia James.

—¿Me dejas que eche un vistazo a la carta?

—Cómo no.

Clive examinó la carta.

—Está escrita a máquina.

—Yo te diré más —rió Foster—. Es la máquina portátil de James.

—Puede comprobarlo cuando quiera —dijo James.

—Muy bien. Utilizaste otra máquina. La pudiste encontrar en cualquier parte. Eso no era ninguna dificultad para ti.

—Con permiso —dijo James, y le arrebató la carta a Clive—. Luego silbó mientras metía el papel en el sobre. Bien, caballeros, debo darme prisa en ir al *Centinel*.

—¿Vas a ir al *Centinel*? —retrucó Foster—. ¿A ese estercolero?

—Yo lo convertiré en algo limpio.

—Anda y lárgate. Es lo que ellos necesitan, un tipo como tú, y no necesitarás engañarlos con esas cartas para que te incluyan en su redacción.

—Tendrá noticias mías, jefe.

—Prefiero no saber nada de ti. Y recuerda que trataste de pegármela pero no lo conseguiste.

—Se lo recordaré cuando «El Ángel del Odio» haya cometido su primer asesinato.

—Vete al infierno con «El Ángel del Odio». Si fuera verdad el contenido de esa carta, estaría dispuesto a ahorcarme.

James pellizcó la mejilla de Nancy.

—Nena, ¿por qué no te llegas al almacén más cercano y le compras una soga a tu jefe? La va *a* necesitar.

Luego James continuó silbando mientras salía de despacho.

Nancy lo siguió con la mirada y dio un suspiro.

—Señor Foster, es un pillo de siete suelas. Pero es el pillo más guapo que hay en el *Star*.

—¡Nancy!

—Oh, perdón, señor Foster, estaba pensando en voz alta. —Pues reserva tus pensamientos para ti misma Hubo un silencio.

Foster se estaba rascando detrás de la oreja.

—Clive, ¿qué piensas tú de esa carta?

—No sé lo que opinar.

—¡No te pago para que dudes!

Clive titubeó unos instantes y por fin dijo:

—Creo que esta vez tiene razón, señor Foster, y que la carta fue inventada por el propio James.

Foster soltó una carcajada nerviosa.

—Celebro que estés de acuerdo, Clive. ¡Ahora todos a trabajar! ¡Se acabó James Baxter!

Nancy dio un suspiro.

—Todo lo bueno se acaba en este mundo.

—¿Qué es lo que has dicho? —Gruñó Foster.

—Oh, nada, señor Foster. Se lo aseguro. Nada —respondió la joven y salió muy aprisa.

* * *

El teniente de la Brigada de Homicidios, Fred Robson, estaba tomando su ración de bicarbonato al lado del depósito de agua, en la comisaría, cuando vio entrar a James Baxter.

El teniente arrugó la nariz.

—Hola, teniente. Ya veo que la úlcera le sigue mordiendo la tripita. Eso le pasa por malo. Yo estoy sano porque hago todos los días mi buena acción.

—¿Y a qué vienes?

—A hacer mi buena acción diaria.

—Pensé que sólo la hacías con las rubias.

—Se equivoca, hoy elegí una pelirroja.

—¡Pues lárgate con ella!

—Me largaría si supiese quién es.

—¿Qué clase de crucigrama estamos haciendo entre los dos?

—Le voy a dar la solución, teniente.

James sacó su carta del bolsillo y la entregó al teniente.

—Lea esto.

—¿Qué es?

—Ya se lo he dicho. La solución del crucigrama.

Robson leyó la carta para sí. Se interrumpió un par de veces para mirar a James pero luego, sin decir nada, continuó leyendo. Por fin terminó y arrojó el papel al pecho de James y, como éste no estuvo atento, la carta cayó en el suelo.

—¿Qué le pasa, teniente?

—Punto primero: Acertaste en lo de mi úlcera. Me está dando un mal día. Punto segundo: No soporto bromas cuando la úlcera me muerde. Punto tercero: ¡Vete al infierno con tu maldita broma! ¡Hoy no es día de inocentadas!

—Le aseguro que no es una inocentada.

Robson vio que James cogía la carta del suelo y que la guardaba en el bolsillo.

—¿Esperas que me crea eso, James?

—Es asunto suyo. Yo recibí la carta y vine a informarle como buen ciudadano.

—¿Desde cuándo eres un buen ciudadano?

—Teniente, ¿cuántas veces le he ayudado?

—¿Y cuántas veces me has pistoleado?

—¿Lo dejamos en mitad y mitad?

—¡Lárgate!

—De acuerdo, teniente. Ya me voy. Pero recuerde que vine a avisarle.

James dio media vuelta para marcharse.

—Espera, Baxter.

James se detuvo y dejó que el teniente se le acercase. Robson le golpeó con el dedo índice en el pecho.

—No sé qué plan has urdido en tu cabeza pero no resultó.

—Como usted quiera.

—Podía detenerte por tratar de burlarte de la policía. Pero no lo haré si te marchas ahora mismo.

—Siempre a sus órdenes, teniente.

James le dirigió una sonrisa y abandonó la comisaría.

Había ido directamente desde el aeropuerto a la oficina del *Star* y luego a la policía y quería darse una ducha, de modo que montó

en su coche y se dirigió a su apartamento.

Le estaba resbalando el agua por el cuerpo cuando sonó el timbre de la puerta.

Se metió en un albornoz, se calzó con unas sandalias y salió a abrir. En el hueco de la puerta había una pelirroja, Margaret, una mujer sensacional, con ojos verdes.

—Hola, gatito.

—¿Qué haces aquí, gatita? —Me enteré de que volviste—. ¿Quién te lo dijo?

—Telefoneé a tu periódico.

James se acordó de la carta. No, no la había escrito él. La había escrito alguien que podía ser un bromista o alguien que, efectivamente, se disponía a matar a una pelirroja de ojos claros. Igual que Margaret. Mientras pensaba, Margaret se metió en el apartamento, le puso una mano en el hombro y lo besó en los labios.

—¿Es que te vas a estar todo el tiempo quieto, James?

—Oh, no, de ninguna forma.

—Pues demuestra tus habilidades.

James la enlazó por la cintura y la besó en la boca. Pero nunca pudo imaginar que aquel beso le produciría tan poca emoción, y ello se debía a que seguía pensando en el aprendiz de asesino, en el hombre que iba a cometer su primer crimen.

CAPÍTULO III

Ella se llamaba Pamela Coleman y era pelirroja. También poseía un cuerpo muy atractivo, un cuerpo que lucía con sus danzas orientales que interpretaba en un club nocturno, El Girasol.

Eran las seis de la noche y se estaba preparando para su primera actuación.

Una de sus compañeras, Nora Master, llegó por detrás.

—Pamela, ahí tienes a Barry Ford.

—Que se lo lleven los diablos.

—Quiere verte.

—Yo no quiero verlo.

—Dice que es algo importante.

—Te he dicho que no quiero ver a ese canalla.

—Barry te quiere mucho.

Pamela se señaló la cara.

—Mira este trozo de mejilla que me acabo de maquillar. Cuando entré aquí estaba morado. Fue un golpe que me dio el hombre que me quiere mucho. El muy bastardo me pidió cincuenta dólares y, como no se los quise dar, me atizó.

—Qué sol de hombre.

—¿Ah, sí?

—El mío me atiza también y nos queremos mucho.

—Pues te dejo a Barry para cuando te haga falta. Guárdalo como repuesto.

—Eres muy graciosa, Pamela.

—A mí no me hace ninguna gracia que un hombre me pegue.

Nora se encogió de hombros.

—Está bien, querida. Le diré que la marquesa no quiere recibir a su caballero.

Nora se alejó y Pamela continuó maquillándose.

Al cabo de un rato, el regidor asomó la cabeza.

—Es tu número, Pamela.

—Gracias. Allá voy.

Pamela se puso en pie. Cubría su cuerpo adecuadamente para interpretar la danza del vientre, su primer número. Al salir del camerino una mano la tomó por el brazo y ella se volvió bruscamente.

Era Barry Ford.

—Hola, nena.

—¿Qué haces aquí? ¿No te dijo Nora que te largases?

—Sí, me dijo que me largase, pero yo adoro mucho a mi muñeca.

—Tu muñeca no te va a dar más dinero.

—Oye, cariño, estuve un poco duro, pero ya se ame pasó.

—A mí no —ella se señaló la cara donde había recibido el golpe —. Aquí tengo la marca de tu zarpa.

—Lo siento.

—¿Tú lo sientes? No me hagas reír.

—¿Hacemos las paces?

—Oh, sí, las haremos dentro de cincuenta años.

Barry esbozó una sonrisa.

—¿Por qué esperar tanto cuando ahora somos jóvenes? Dentro de cincuenta años nos daríamos asquito.

—Tú ya me das asco a mí.

—No me digas eso, Pamela.

—Te digo que acabé contigo y no me vuelvo atrás.

—Cuidado, nena, soy un hombre peligroso.

—¿Para quién? —Ella lo miró desafiante—. Sólo fuiste peligroso para la madre que te echó al mundo porque ella debió sufrir mucho para escupir un bicho de tu clase.

Barry hizo un ademán de ir a pegarle pero ella no se inmutó.

—Anda, pégame si te atreves, y te la ganas. No estoy tan indefensa como en mi apartamento. Aquí hay dos matones que te darán una pasadita y te dejarán como un tomate maduro.

—¡Perdida!

Ella le sonrió enseñándole los dientes.

—Eso me recuerda la fábula de la zorra y las uvas. Están verdes,

¿verdad, cariño?

Barry dio un empujón a Pamela y ella se alejó por el corredor.

Nora salió de un camerino, donde estaba Judy Moore, la estrella del espectáculo de El Girasol.

—Lo he oído todo, Pamela. Dejé la puerta entreabierta.

—Entonces, te habrás dado cuenta de que Barry es mejor que tu Pat.

—No hablemos de eso ahora. Te aconsejo que se lo digas a Elmer Wallace.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? Elmer pondrá en marcha a sus dos matones. Además se lo advertiste a Barry. ¿O es que no piensas cumplir tu amenaza?

—No hará falta.

—¿Crees que Barry va a desistir?

—Es un cobarde, y no le interesa que le dañen la cara. Se ve demasiado guapo en el espejo, y sabe que perdería todo su encanto con las mujeres si los matones de Elmer le pusiesen las manos encima.

—En fin, eres tú quien decides.

—Déjalo de mi cuenta, Nora. Barry se estará quietecito.

El regidor apareció por el fondo del corredor.

—Pamela —llamó.

La bailarina de danzas orientales palmeó cariñosamente la cara de Nora y se apartó de ella.

Hizo su número como todas las noches y levantó una tempestad de aplausos.

Cuando terminó, uno de los camareros le dijo:

—Hay un cliente que quiere pegar la hebra contigo.

—¿Quién es?

—El gordo de la mesa 7.

—¿Cuánto de gordo?

—Unos ciento veinte kilos.

—Entonces, lo que necesita es una ballena.

—¿No vas a ir?

—No.

—A Elmer le puede sentar mal.

—¿Se lo vas a decir tú?

—No, pero el cliente puede protestar.

—Los clientes nunca protestan si se les dice que la chica ya estaba comprometida.

—¿Y qué harás para demostrarlo?

—Me cambiaré y me iré a la barra. Ya ligaré allí con cualquiera.

—Como tú quieras.

Pamela se fue a su camerino, que compartía con Nora y otras tres chicas. En una hora y media no volvería a interpretar otra danza y cambió la sucinta vestimenta de bailarina por la de «batalla», que era también muy sucinta: una blusita y una falda muy corta que dejaba al descubierto sus hermosas piernas.

Esperó encontrar de nuevo en el corredor a Barry Ford, pero eso no llegó a ocurrir.

La barra estaba iluminada tenuemente y apenas se veían las personas que había allí, aunque armaban mucho ruido. Sentóse en un taburete libre, se puso un cigarrillo en los labios y, de pronto, una mano le ofreció la llama de un encendedor.

Pamela prendió en la llama y, después de expulsar el humo, miró al hombre que le había ofrecido fuego.

—Gracias.

El era un tipo rubio, delgado, de pómulos altos. Resultaba guano.

—¿Sola?

—Si.

Parecía simpático por su forma de sonreír.

—Soy Duke Keller.

—Y yo Pamela Coleman. —Encantado, Pamela.

—Lo mismo digo, Dulce.

—¿Quieres tomar algo? —Un *whisky*.

Duke pidió dos *whiskys*.

—A tu salud, Pamela.

—A la tuya, Duke.

Guardaron un silencio después de beber.

Duke sacó un paquete de cigarrillos americanos. Después de prender uno de ellos sonrió a Pamela.

—Pareces preocupada.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro porque ésa es mi profesión.

—¿Tu profesión?
—Soy psicólogo.
—¿Profesor?
—No, no soy un profesor. Trabajo para las empresas. Mi misión consiste en elegirles las personas adecuadas. Ya sabes, si necesitan a un vendedor, yo estoy en mejores condiciones que nadie de proporcionarles la persona que les puede vender más.
—Caramba, había oído hablar de eso, pero nunca me había encontrado con nadie que hiciese ese trabajo.
—Pues ya has conocido a uno.
Ella se echó a reír.
—¿De qué te ríes? —preguntó Duke.
—Me gustaría que me examinases como psicólogo.
—¿Para qué?
—Para saber a qué debo dedicarme.
—¿No estás satisfecha con lo que haces?
—No.
—Sin embargo, bailas muy bien.
—¿Te fijaste en mí?
—Claro. Tu danza del vientre fue maravillosa. Hace un par de años hice un viaje al Lejano Oriente y tuve ocasión de conocer a danzarinas locales. Te aseguro que sabes hacerlo tan bien como la mejor de ellas.
—Es muy halagador lo que dices.
—Sólo hago justicia.
—Sin embargo, a mí no me gusta bailar.
—¿Por qué?
Pamela pensó en Barry. Siempre se las arreglaba para ir a parar con tipos como Barry, que querían vivir a costa de ella. Oh, sí, claro, era natural que les seduciese a ellas, a las que vivían durante la noche y, a la mayoría, como a Nora, les gustaba tener un hombre para el que trabajar y por eso nunca tenían un centavo. Había muchos como Barry. Demasiados. Pero ella estaba cansada de todos los Barry del mundo. Los odiaba con todas sus fuerzas. Tenía ya veintiséis años y desde los dieciocho estaba en la profesión, siempre pensando en que algún día se encontraría con un hombre que la librase de todo aquello.
Miró a los ojos de Duke. Eran unos ojos verdes y él dijo:

—Me gustaría seguir hablando contigo después de tu trabajo, Pamela.
—Estoy libre.
—¿De veras?
—Sí.
—Entonces, ¿quieres que venga a por ti luego?
—Trato hecho.
—Oye, mira, tengo un trabajo. Es cerca de aquí. Un compañero de la oficina me llamó y, para hacer tiempo, me metí aquí. Fue una suerte que te haya conocido. Acabaré en unas tres horas.
—Estaré lista para entonces.
—Te esperaré enfrente, en la puerta del almacén que está cerrado.
Se refería a un almacén de juguetería.
Se despidieron y Pamela lo vio alejarse hacia la puerta.

* * *

James Baxter había cenado con la pelirroja en su apartamento. Habían bailado ritmos lentos y, mientras tanto, se besaron muchas veces.
Justamente se estaban deslizando despacio cuando sonó el teléfono.
—Gatita, me llaman.
—Corta el cable con las tijeras.
—Descolgaré, Margaret.
—Bien dicho.
James se apartó de ella y descolgó el micro. Oyó voces a la otra parte. Podía ser Matt Foster para pedirle que volviese con ellos. No, no había ido al *Centinel* porque Margaret, la pelirroja, le había quitado todo su tiempo.
Al fin cogió el micro y soltó una risita.
—¿Señor Baxter? —Oyó una voz varonil.
No, no era su ex jefe.
—Sí, James Baxter.
—Celebro que esté en casa.
—¿Quién es usted?
—La encontré.

—¿Cómo dice?

—Que encontré a mi víctima.

James sintió un escalofrío por la espalda.

—¿Quién habla?

—Se admiten apuestas.

—¿«El Ángel del Odio»?

—Señor Baxter, usted es muy listo —el hombre que estaba al otro extremo del cable rió otra vez—. Oiga, «Angelito», quiero que me diga una cosa. —Según lo que sea.

—¿Tiene la camisa de fuerza puesta o se la quitaron para gastar esta broma? Le contestó con una risotada.

—Señor Baxter, yo soy una persona muy formal.

—¿Dice que ya tiene a su víctima?

—Sí.

—¿Quién es?

—La pelirroja.

—Pero esa pelirroja tendrá un nombre.

—¿Cree de verdad que estoy loco?

—Sí.

—Si lo estuviese, yo le diría el nombre de la víctima, pero no lo va a saber.

James consultó su reloj. Eran las siete treinta.

—¿Cuándo la va a matar?

—Dentro de un rato.

—Al menos me dirá dónde.

—No, tampoco se lo diré.

—Qué tal si me suelta el procedimiento.

—¿Se acuerda de Jack *el Destripador*?

—Sí.

—La mataré como Jack.

James dejó correr unos segundos.

Margaret se estaba comiendo un bombón y ahora se chupó un dedo.

—Gatito, deja eso.

James sintió que la mano con que manejaba el auricular transpiraba sudor.

—Oiga, «Ángel», no le creo una sola palabra de lo que ha dicho.

—Qué lástima. Pero me creerá mañana o esta misma noche, si se

toma la molestia…

—Continúe.

—No, señor Baxter, le iba a decir el lugar pero no puedo… Todavía Faltan un par de horas para que cometa mi primer crimen. Hasta pronto, señor Baxter.

—¿Cuándo volverá a llamar?

—No se lo puedo decir tampoco porque tendrá el teléfono intervenido por la policía en cuanto mate a mi primera víctima. Pero descuide, señor Baxter, será informado convenientemente y en la forma que sea más segura para mí.

Aquel hombre volvió a reír y colgó.

James continuaba con el auricular en la mano, oyendo el zumbido de la línea desocupada.

—Gatito, ven.

—No puedo —dijo James colgando y corriendo hacia su cuarto —. ¿A dónde vas?

—A vestirme.

—¿Para qué? Si estás muy bien así.

—Tengo que ir a la policía.

—¿La policía?

—Oye, gatita, se va a cometer un crimen. ¡Y me temo que no podremos impedirlo!

CAPÍTULO IV

—No, el teniente Robson no está —dijo el sargento Harry Stuart.

—Telefonee a su casa —dijo James Baxter.

—¿Para qué?

—Lo necesito. Debo notificarle algo importante. —Lo siento, señor Baxter, pero el teniente dijo que no se le molestase, salvo en caso de urgencia.

—¡Esto es un caso de urgencia!

—Cuéntemelo a mí.

—Van a matar a una mujer.

—¿Cómo se llama ella?

—No lo sé.

—¿Dónde la van a matar?

—No lo sé.

—¿Quién es el asesino?

—No lo sé.

El sargento sacudió la cabeza y señaló la puerta de la calle.

—Siga la flecha y métase en la primera cloaca que encuentre en el camino.

—¿Es todo lo que tiene que decir?

—Todo.

—De acuerdo, sargento. Ya me voy y no va a ser en busca de una cloaca. Pero recuerde una cosa. ¡Que vine a avisarle!

—Lo pondré en una placa que colgaré de la pared.

—Muy gracioso, sargento, muy gracioso. Pero espere un par de horas y repítame lo de la placa.

James salió de la comisaría.

* * *

Pamela Coleman cruzó la calle.

Estaba lloviendo y se dio mucha prisa.

La fachada del almacén estaba envuelta en la oscuridad. No vio a nadie y empezó a pensar que Duke Keller se habría arrepentido, o quizá al empezar a llover decidió no acudir a la cita.

Bueno, se marcharía a su apartamento y, después de tomar una ducha caliente, se acostaría. Leería un rato una novela, hasta que los ojos se le cerrasen.

—Hola.

Se volvió sobresaltada.

—¿Te he asustado?

Era él, Duke.

—Un poco.

—Lo siento, Pamela.

—Hace una noche de perros.

El se cubría con una gabardina con el cuello subido.

—Ven a mi coche, Pamela.

La cogió del brazo y la impulsó suavemente.

El auto estaba aparcado un poco más arriba. Ocuparon el asiento delantero y él puso en marcha el vehículo.

—¿A dónde me llevas, Duke?

—A mi casa.

—¿Dónde está?

—Al oeste, junto al mar.

—¿Me das un cigarrillo?

—Claro, enciende otro para mí.

Empezó a llover con más fuerza. Los limpiaparabrisas barrían el agua infructuosamente y Duke tuvo que disminuir la marcha.

Estaban corriendo por la carretera de la costa y podían escuchar el rugido del mar.

Estaban muy cerca de la orilla.

Pamela vio casas, algunas de ellas con luz.

Por fin, Duke detuvo el coche.

—Ya llegamos. He de abrir el garage.

La dejó sola durante unos instantes y regresó.

—Encenderé unos cuantos leños en la chimenea.

Llevó el coche al garaje y los dos bajaron.

—¿Lista para correr?

—Sí.

Corrieron al porche de la casa y Duke sacó una llave y abrió.

El *living* era muy espacioso.

—Demonios, tienes una casa muy bonita, Duke.

—Celebro que te guste.

Duke ya estaba encendiendo los leños de la chimenea. Puso en marcha un tocadiscos y se dirigió a un bar que había en el rincón.

—Ponte cómoda.

Pamela se sentó en un sofá.

Duke acudió a su lado con dos *whiskys*. Se sentó junto a ella. Los dos bebieron.

—Eres muy hermosa, Pamela.

—Gracias.

Duke alargó la mano y la apoyó en el muslo femenino y apretó suavemente.

Pamela pensó que, después de todo, los psicólogos eran como los demás hombres.

Bueno, ¿qué esperaba? Duke no la había invitado para enseñarle su colección de sellos.

—Querida, voy un momento a mi alcoba.

—Sí.

—Volveré enseguida.

—Te espero.

Duke salió del *living*.

Pamela se recostó en el sofá y bebió un trago de *whisky*. Pensó en su pueblo, que había abandonado cuando tenía dieciocho años. No, nunca volvió a él. Se pasó toda su niñez pensando en llegar a los dieciséis años para largarse, pero luego tuvo que esperar dos porque su padre la convenció para que cuidase a sus ocho hermanos. Pero un día ya no lo pudo soportar más. Lo recordaba bien. Salió de su casa con una pequeña maleta, cuando todavía era de noche, y empezó a vivir su vida. Pero ¿podía considerarse satisfecha? No, en absoluto, no lo estaba. Había conocido a muchas personas y todas ellas se habían portado mal con ella. ¿Es que era así el mundo? ¿No había más que gente aprovechada?

—Aquí me tienes, querida.

Volvió la cabeza y vio a Duke. Se quedó asombrada. Se cubría con una bata blanca y tenía en la mano derecha un cuchillo de hoja muy larga. Y Duke sonreía.

—Duke, ¿qué es eso?

—¿Esto?

—Esa bata blanca.

—Oh, sí, es la que me pongo para trabajar.

Pamela forzó una sonrisa, aunque se sentía aturdida.

—¿Quieres hacerme un test psicológico?

—Sí.

—Pero no te hará falta el cuchillo.

Duke no respondió a eso. Se acercó al sofá.

—Querida, ¿a cuántos hombres enviaste al infierno?

—¿Eh?

—Te lo preguntaré de otra forma: ¿A cuántos hombres hiciste desgraciados?

Pamela arrugó el ceño.

—Duke, no me gusta lo que estás diciendo: —¿No? ¿Por qué no?

—No he hecho desgraciado a nadie.

—Te dije que eres hermosa, y las mujeres hermosas causáis mucho daño a los hombres del sexo opuesto.

—No sé de qué me hablas.

—Te estoy hablando en nuestro idioma, cariño.

—Duke, ¿te encuentras bien?

—Me encuentro perfectamente.

La joven dejó su vaso en la mesa y fue a levantarse, pero Duke corrió hacia el sofá y le puso la mano en el hombro.

Pamela tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar.

El cuchillo estaba encima de su cabeza, manejado por la mano fuerte de Duke, una mano que temblaba.

—Duke, ¿qué te pasa?

—Te he dicho que no me pasa nada.

—Deja eso… Me refiero al cuchillo. Me asusta.

—¿Por qué?

—Yo me he criado en una granja. Una vez, un vecino entró en la cocina. Se había vuelto loco. Traía un cuchillo en la mano y me amenazó con él. Probablemente me habría matado si me hubiese estado quieta, pero eché a correr y grité mucho.

¿Cuándo ocurrió eso?

—Yo tenía doce años.

—¿Qué pasó con tu vecino?

—Lo encerraron.

Los labios de Duke esbozaron una sonrisa.

—¿Por qué me has contado eso, Pamela?

—Me he acordado de aquella escena al verte con el cuchillo.

Duke no dijo nada. Bajó la vista.

—Tienes un cuello muy bonito, Pamela.

—Duke, me gustaría marcharme. Es muy tarde para mí.

Duke se echó a reír.

—Te doy miedo, Pamela. Yo podría ser como aquel hombre que se volvió loco. Anda, dilo. Dime que estoy loco.

Pamela cada vez se sentía peor.

—Estoy segura de que no estás loco, Duke.

—¿De verdad?

—Sí, Duke, de verdad. Sólo has tratado de embromarme.

Otra vez trató de levantarse pero Duke se lo impidió porque le apretó fuertemente el hombro.

—No puedes irte, Pamela.

—Lo siento, pero me quedaré otra noche… Hoy no puedo. Prometí a mi compañera de cuarto que volvería pronto.

—Y te acordaste ahora.

—Sí.

—¿Crees que soy un estúpido?… No, no me contestes. Pero no te puedes ir porque debo cumplir una promesa.

—¿Una promesa?

—Sí, querida… Le prometí a un periodista que hoy cometería mi primer crimen.

Pamela se sentía llena de terror. Todavía pensaba que Duke estaba embromándola. Sí, tenía que creer eso. Era una necesidad imperiosa. Todo aquello no le podía estar ocurriendo en serio.

—Duke, creo que te comprendo.

—¿Ah, sí?

—Tu amigo, el periodista, vendrá ahora. Le dijiste que conquistarías a una chica y que la traerías a tu casa.

—Estás diciendo tonterías. En primer lugar, ésta no es mi casa.

—¿Qué?

—Yo no vivo aquí.

—Pero Duke, has metido el coche en el garaje. Es tu casa.

—Te digo que yo no vivo aquí. La casa está desocupada. Te lo diré más claro, está en venta.

—Pero tú tienes las llaves.

—Sólo un duplicado.

—¿Eh?

He pasado muchas veces por aquí para elegir el lugar a propósito.

—¿El lugar a propósito?

—Ya te lo dije, estúpida. Para mi crimen.

—Duke, por favor, déjame marchar. Yo no soy como tú… Quiero decir que tú eres un universitario y yo tengo muy pocos estudios… Procedo de una familia humilde. ¿Me entiendes? Sólo aprendí a leer y a escribir. Por eso no comprendo a las personas demasiado listas, y no te puedo comprender a ti.

Duke proyectó su cara hacia la de Pamela. Sus ojos estaban agrandados.

—Pero tus pocos estudios no han impedido que hayas hecho desgraciados a muchos hombres.

—Oh, no, Duke, no hice desgraciado a ninguno.

—Mientes. Te he estado viendo muchas noches.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿En el club?

—En el club y fuera, cuando salías.

—Oh, Duke, ¿por qué no te acercaste antes?

—Porque tenía que hacer las cosas a su tiempo. Primero te vi allí, en la pista. Yo estaba sumergido en la oscuridad y tú no me podías ver. Sí, cariño, te vi interpretando danzas con esos taparrabos. Apenas te eché el ojo, me dije que eras la mujer que yo estaba buscando. Una mujer con un cuerpo maravilloso, lleno de encanto. Una mujer que despertaría en los hombres la admiración y el deseo.

—Duke, hay muchas como yo.

—Sí, hay muchas.

—¿Por qué me elegiste a mí?

—Porque tienes algo especial.

—¿Qué es lo que tengo en especial?

—Imprimes a tus movimientos una gran sensualidad.

—Es natural en la danza que yo interpreto. Tiene un ritmo, una cadencia. Yo no la inventé.

—No, amor mío, existe ese ritmo y esa cadencia, pero no todas las intérpretes son capaces de imprimir la sensualidad que le imprimes tú. Por eso me dije que tú ibas a ser mi primera víctima.

—Oh, no. Duke. No puede ser.

—Sí, cariño.

—Te prometo una cosa. No volveré a ese club. Te lo juro, no volveré.

Pamela estaba convencida de que él estaba hablando con sinceridad, de que no se trataba de una broma. Aquel hombre estaba loco, completamente loco, como aquel vecino que se metió en la cocina de su granja, cuando ella tenía doce años.

Y pensó que si se había librado del primer loco, podría librarse del segundo.

—Duke, pareces olvidar a lo que vinimos aquí.

—No, yo no lo olvido.

—Te gusté.

—Sí.

Aquí me tienes. Bésame, Duke.

Al mismo tiempo que decía esas palabras, Pamela sentía una terrible aversión a que él la besase. Estaba segura de que, si Duke la besaba, sentiría ganas de vomitar. Pero sabía que ese beso podía ser su salvación porque quizá él olvidaría el cuchillo y pensaría en hacerle el amor.

Y él bajó la boca poco a poco, y ella se preparó pera recibir el beso, pero no pudo tener los ojos abiertos y los cerró.

Y de pronto Duke soltó una carcajada. Pamela abrió los párpados y lo vio reír como un loco.

—Estás muerta de miedo, Pamela.

—No.

—Lo estás, querida. Y tienes razón para estarlo porque te voy a matar.

—¡No, Duke!… ¡Por favor, no!

Duke bajó la mano con un movimiento preciso, rápido, y la hoja de acero cortó el cuello de Pamela.

CAPÍTULO V

James Baxter había regresado a su apartamento. Margaret le había dejado una nota:

> «Gatito, eres un perro por dejarme con la miel en los labios. Cuando me necesites, llámame y te mandaré a mi tía. Pero no te hagas demasiadas ilusiones con ella. Tiene una pata de palo. Muérete».
>
> «*Margaret*».

Así eran las mujeres de incomprensivas. No sabían que el trabajo era lo más sagrado para un hombre.

Se puso a beber *whisky* y a fumar cigarrillos. De vez en cuando miraba al teléfono. Esperaba la llamada del chiflado. «El Ángel del Odio». ¿O tendría razón su ex jefe y el teniente Robson y todo sería obra de un bromista, de alguien que quería tomarle el pelo?

Lo mejor era entretenerse en algo. Todavía no había deshecho la maleta. La abrió y encontró aquel libro que le había comprado al jefe, junto con la caña de pescar, pero que había olvidado: *Cómo ser un campeón en la pesca de la trucha.*

Se decidió a leer el libro después de colgar las prendas en las perchas y meter las camisas y la ropa interior en los cajones del armario.

Volvió al *living* y abrió el libro. Primero se explicaba cómo era una trucha, cómo nacían, cómo crecían, y cómo terminaban por convertirse en unos peces muy monos con pintas.

En eso sonó el timbre de la puerta.

Sonrió porque pensó que sería Margaret. Después de todo, las mujeres eran así de inconsecuentes. Lo mandaban a uno al diablo y luego ellas se convertían en diablesas. Abrió la puerta.

—Adelante, Margaret.

Pero no era Margaret, sino Nancy, la secretaria de Foster.

—¿Qué haces aquí, Nancy?

—Hola —dijo ella y entró en el apartamento.

—No te invité a entrar.

Nancy se cubría con un abrigo muy original. Todo lo de ella era de última moda.

Se quitó el abrigo y mostró su vestido de noche, que era una tentación porque le estaba muy ajustado.

—Nancy, yo no corrompo a las menores.

—¿Ah, no? Qué buena noticia.

—¿Cuántos años tienes, Nancy?

—Veintitrés.

—No me lo creeré ni aunque me lo jures.

—No pienso jurártelo.

—Está bien; ¿cuál es el motivo de tu visita?

—Nunca vine aquí.

—Ya lo sé.

—Y siempre he querido saber dónde están los botones.

—¿Qué botones?

—Los botones que ponen en marcha las trampas secretas. Una vez lo vi en una película. Los cazadores de mujeres estáis muy modernizados. Se aprieta un botoncito y se apagan las luces, dejando la habitación en penumbra. Se aprieta otro botoncito y suena la música. Se oprime otro botón, se arma un ruido de mil diablos y sale la cama.

—La mía la tengo con juego de bolas y se desliza sin dar un solo chasquido.

—Quiero verla.

—¡Te vas a marchar sin verla! —James la cogió por el brazo—. Largo de aquí, Nancy.

La joven dio un suspiro.

—¿No tengo ningún encanto para ti?

—Ninguno.

Nancy dio un resoplido.

—Debería arañarte la cara. Me he pasado toda la semana, desde que te marchaste a Nueva York, preparándome.

—¿Preparándote para qué?

—Para este combate.

—Oye, Nancy, sé que todo esto es una burla. Tú eres una buena chica.

—He sido una buena chica pero he decidido pasarme al bando de las malas.

—¿Por qué?

—Porque las malas lo pasan bomba.

—Nancy, debería cortarte la lengua.

—Dame un *whisky* para anestesiarla.

—Oye, Nancy, nunca me ha gustado dedicar la noche a los torneos de ingenio.

Ella sonrió.

—Estupendo, empecemos con lo otro.

Corrió a un sofá y se tendió en él, recogiendo las piernas.

James la miró con asombro.

—¿Qué es lo que haces, Nancy?

—Ponerme en situación.

—¡¡Pues estás muy mal!!

—Oh, perdona mi falta de práctica. Pero si me echas una mano…

—¡No te voy a echar una mano!

—Oh, sí, tú debes echar las dos… Pues, hala, chico, las dos.

James cruzó los brazos.

—Nancy, ¿cuántas copas has bebido?

—Una.

—¿Una después de cuántas?

—Bueno, bebí tres. Quizá cuatro. Ya sabes, para darme ánimos. Una no está acostumbrada a ciertas cosas…

—¡Tú no te vas a acostumbrar!

—¿Les dices eso a todas?

—¡Se lo digo a Nancy Roland!

Ella hizo pucheros.

—¿Por qué me tratas así?

—Porque somos compañeros y yo no hago ciertas cosas con una compañera.

Ella sustituyó el puchero con una sonrisa.

—Estupendo, James, ya puedes empezar sin escrúpulos.

—¿Eh?

—No somos compañeros. El jefe te despidió. James avanzó a paso de carga sobre el sofá. Nancy levantó los brazos para acogerlo entre ellos. —Por fin tuya.

James se echó sobre ella y la atrapó por el cuello.

—¿Qué vas a hacer, James? —Estrangularte.

—¡Si lo haces no te serviré!

—Nadie te dijo que me sirvieses.

—No fue una orden. Fue algo que salió de mi corazón de aquí. —Nancy estaba en una posición muy forzada y no se señalaba el corazón.

—¡Eso es el hígado!

—Oh, perdona —dijo Nancy y subió la mano.

—Nancy, eres una ingenua.

—¿Y qué puede hacer una ingenua como yo con un vivales como tú?

—¡Yo no soy un vivales!

—Se lo he oído decir al jefe algunas veces.

—Tu jefe es un miserable, un envidioso, un…

—No hables de él. Hablemos sólo de nosotros, James.

—Sí, hablemos de nosotros.

—Eso se llama ponerse en razón, querido.

—Te voy a sacar de aquí.

—Sí, cariño, sácame en brazos después de un par de horas de amor.

—¿Un par de horas? Nancy, si yo hiciese eso contigo, me consideraría el bicho más repugnante de la Creación.

—¡Bésame, bicho repugnante!

—¡Nancy!

Ella aplastó su boca contra la de él.

James se puso a forcejear para librarse de ella, pero no lo consiguió. Los dos cayeron del sofá al suelo abrazados, aunque el abrazo por parte de él no tenía nada de amoroso porque lo que quería era librarse.

—¡Nancy, que me has dejado cojo! ¡Me golpeé en la cadera!

—Yo te cuidaré, dulzura mía.

—¡No soy tu dulzura!
—James, dime qué soy para ti.
—¡Una chiquilla!
—¡Miope!
—¡Una chiquilla!
—No me has mirado bien. Dejé de ser chiquilla hace mucho tiempo.
—Para mí lo sigues siendo.
—Pues te demostraré que te equivocas.
—¿Y cómo lo vas a demostrar?
—Poniéndome un bikini.
—¡No hay bikinis en casa!
—Yo misma me haré uno con un par de servilletas.
—Podrías atrapar un resfriado.
—Con un bikini sólo se atrapan hombres.
—Pero yo no quiero ser una pieza a cobrar.
—Oh, James, ¿de verdad no te intereso nada como mujer?
James tragó saliva.
—Bueno, lo que se dice nada, nada…
—Oh, James, qué cosas más bonitas sabes decir. Continúa.
—Bien mirada, no estás mal de tipo y tienes unos ojos muy hermosos y tu boca…
En aquel momento sonó el teléfono.
—Continúa hablando de mi boca, James.
El timbre seguía sonando.
James se puso en pie de un salto.
—¡James! ¡Deja el teléfono quieto y continúa el examen de mi fachadita!
Pero James no le hizo ningún caso. Había descolgado.
—Aquí James Baxter.
—Buenas noches, señor Baxter. Le habla «El Ángel del Odio».

CAPÍTULO VI

James se había tomado unos instantes de espera tras escuchar la voz de su comunicante.

—Adelante, «Ángel».

Nancy le gritó arrodillada en la alfombra.

—Otra mujer, ¿eh? ¡Era por eso! ¡Estabas esperando la llamada de una de tus profesionales!

James no le hizo ningún caso.

El hombre que estaba al otro lado de la línea estaba riendo.

—Bien, Baxter, ya lo hice.

—¿Qué es lo que hizo?

—Usted lo sabe. He matado.

—A su gato.

—No, Baxter. No maté a mi gato, ni a mi perro. Fue a la mujer que le dije. La pelirroja.

—No lo creo.

Nancy se puso en pie y se acercó a James, pero él le hizo un gesto imperioso y cubrió el micro.

—Nancy, estoy hablando con un asesino, el de la carta, ¿recuerdas?

—¿Qué?

—¿Es que lo has olvidado? «El Ángel del Odio».

Guarda silencio durante unos instantes. Esta conversación puede ser muy importante.

La joven se mordió el labio inferior y se aplacó.

James apartó la mano del micro.

—«Ángel», espero que todo esto sea una broma de mal gusto. Y lo espero por su bien.

El desconocido suspiró.

—Señor Baxter, me decepciona mucho.
—¿Por qué le decepciono?
—Creí que, a estas alturas, ya estaba convencido de que el contenido de mi carta era correcto.
—¿Quién es ella?
—Era muy hermosa… Una bailarina de danzas orientales.
—Su nombre.
—Pamela Coleman.
—Lo está inventando.
—Trabajaba en el club El Girasol… Le aseguro que era muy hermosa. Los hombres la deseaban… Pero ya no volverán a sentir deseo porque un cadáver, por muy hermoso que sea, sólo inspira compasión o indiferencia.
James cubrió el micro con la mano.
—Nancy, vete al otro teléfono, el de mi dormitorio. Club El Girasol. Pregunta por Pamela Coleman. ¡Rápido!
—Sí, James.
Nancy corrió a la alcoba.
James volvió a hablar por el micro.
—Todo esto es absurdo, «Ángel». Pero voy a suponer que me dice la verdad. ¿Por qué hace esto, «Ángel»?
—No lo sé.
—¿Que no lo sabe?
—Todavía no he llegado a una conclusión.
—Oiga, ¿por qué no llegó a una conclusión primero y mató después?
—Quería pasar por todas las emociones que acompañan al asesinato.
—¿Y qué es lo que siente ahora?
—Resulta la mar de divertido.
—¿Sólo eso?
—Bueno, puedo agregar otras cosas.
—Agréguelas.
Nancy salió de la alcoba y se detuvo para hablarle desde lejos.
—Pamela Coleman no está en El Girasol. Se marchó de allí hace más de dos horas.
James hizo un gesto afirmativo y volvió a hablar por el micro.
—¿Dónde la mató, «Ángel»?

—En una casa abandonada.

—¿Dónde está esa casa abandonada?

—En la carretera de Puerto Lápice, kilómetro 33. La casa tiene el número 2484. Su propietario es Lee Allen. Se fue a las Bahamas.

—Muy amable.

—No hay de qué, señor Baxter. Procuro colaborar. Ah, se me olvidaba. Encontrará huellas de neumáticos porque metí el auto en la cochera, Pero las huellas no le servirán de nada.

—¿Por qué no?

—Porque robé el auto.

—¿Y dónde lo dejó?

—Está abandonado en la calle Laurel, en un solar detrás del cine Odeón.

—¿Cómo la mató?

—¿No se lo dije? Como Jack *el Destripador*.

—¿El cuchillo?

—Sí, señor Baxter. El cuchillo.

—¿Sabe lo que le digo, «Ángel»? Que no le creo nada. Iremos a esa casa y no encontraré el cadáver.

—Allí está, en el *living*, al lado del sofá, porque imagino que nadie lo habrá robado.

—Espero oír su voz mañana para pedirme disculpas por haberme hecho perder el tiempo… Me hará salir de casa en esta noche de perros.

Oyó un bostezo a la otra parte.

—Me aburre con sus quejas, señor Baxter. Después de todo, usted debería estarme agradecido por haberle elegido como comunicante. Lo voy a convertir en el periodista más famoso del país. Pero tendrá que frenar sus impulsos o elegiré a otro. Recuérdelo, señor Baxter, debe reconocer mis méritos o tendré otro informante para mis próximos crímenes.

Luego colgó.

—¿Qué pasa, James? —dijo Nancy.

—Dice que la ha matado.

—¿A Pamela Coleman?

—Sí. Vete a casa.

—¿Adónde vas tú?

—A la casa donde está esa chica muerta.

Marcó el número de la comisaría.

—Quiero hablar con el teniente Robson. Soy James Baxter. Y dígale que se trata de un caso de asesinato.

Esperó unos instantes y oyó la voz de Robson.

—¿En qué lugar te emborrachaste, Baxter?

—Espero que lo hagamos juntos después de ver el cadáver.

—¿Qué cadáver?

—No perdamos el tiempo, teniente. Si no hay cadáver usted me encierra.

—Me parece bueno el trato —rió el teniente—. Pero yo mismo te colocaré las esposas.

—También estoy conforme.

—Pasa a recogerme por la comisaría.

—Allá voy. —James colgó y corrió a la alcoba para vestirse. En el camino se detuvo—: Nancy, tengo una idea mejor para ti.

—¿Cuál?

—Vete a casa del jefe y dile que estoy dispuesto a ingresar de nuevo en la redacción del *Star*.

—Qué bueno.

—Con un veinticinco por ciento de aumento sobre mi antiguo sueldo.

* * *

El coche se detuvo ante la casa 2484.

Seguía lloviendo a mares. El teniente Robson, en el interior del vehículo, miró a James.

—Con que ya llegamos.

—Sí.

—¿Sigue pensando que ahí dentro hay un cadáver?

—Sí.

—¿Te pongo las esposas ahora o lo dejamos para después?

—Dejémoslo para después.

El teniente Robson iba acompañado por tres policías de su brigada. Uno de ellos dijo:

—Aquí se ven las huellas de neumáticos.

—Es el auto robado —dijo James.

Le había contado al teniente la historia de sus conversaciones

telefónicas con «El Ángel del Odio».

El detective Adam Hopper abrió la puerta de la casa con una llave maestra y encendió el *living*.

Allí estaba ella, en medio de un charco de sangre.

Y era pelirroja.

Nadie dijo nada durante los primeros instantes.

Todos ellos habían visto muchos cadáveres, pero el de aquella mujer les impresionó. Había sido degollada y sus dos senos estaban cortados.

—¡Dios mío! —dijo uno de los detectives, Adam Hopper, y echó a correr en busca del cuarto de bañe para vomitar.

El teniente Robson miró a James.

—Tendrás que contar más cosas, Baxter. —Ya se lo dije todo.

—Empezarás otra vez desde el principio.

—Sí, teniente.

James no pudo regresar a su apartamento hasta que fue casi de día.

Encontraron el auto abandonado detrás del cine Odeón, donde había indicado «El Ángel del Odio». Pero, no se encontró en ninguna parte el arma homicida. En la casa había huellas, y también en el auto pero todos estaban dispuestos a apostar a que ninguna de ellas correspondería a las del asesino.

James se bebió un vaso de leche.

De pronto se puso a sonar el teléfono. Era Nancy.

—James, el jefe quiere hablar contigo.

—¿Ya se convenció de que la carta no la escribí yo?

—Uno de nuestros muchachos acaba de informar desde la comisaría.

—Está bien. Que se ponga «Su Excelencia».

El teléfono cambió de mano.

Foster habló con una risita.

—Baxter, muchacho, qué buen tipo eres.

—¿De veras?

—Siempre he dicho que eras el mejor periodista de Los Angeles.

—¿Sólo de Los Angeles?

—Bueno, creo que ahora te convertirás en el mejor del país.

—Eso fue lo que dijo él.

—¿El?

—«El Ángel del Odio». Y también me dijo que me tendría informado de sus próximos crímenes.

—¿Próximos… crímenes?

—Señor Foster, yo no sabía que fuese tartamudo.

—¡Maldita sea! —empezó a gritar Foster, pero enseguida se calmó—. Baxter, muchacho, espero que estés haciendo tu crónica.

—Sí, señor Foster. La estoy haciendo —mintió James.

—Mándala enseguida al periódico. Estaré allí para recibirla. He ordenado a Clive que pare las máquinas.

—No hace falta que Clive pare las máquinas. Mi crónica no va a salir en el *Star*.

—¿Cómo?

—Pero puede leerla en el *Centinel*.

—¡Baxter, hijo de…!

—¿Qué decía, señor Foster?

—Baxter, siempre te he tratado como a un hijo. No puedes comportarte así conmigo.

—Papaíto, usted olvida algo. Que me despidió.

—Pelillos a la mar.

James se miró las uñas de la mano izquierda.

—Sí, yo estaría dispuesto a volver.

—Trato hecho.

—¿No le dijo Nancy lo del veinticinco por ciento? —¡Pero si tú ya cobrabas el máximo!

—Las mujeres cada día cuestan más caras. —¿Mujeres?

—Sí, esos seres tan monos que «El Ángel del Odio» está dispuesto a suprimir mientras no lo detengan. Y tal como están las cosas, creo que yo soy el único que le puede detener.

—¡De acuerdo, Baxter! El veinticinco por ciento.

—¡Pero esto es una…!

—No lo diga, jefe. —¡Una canallada!

—Que me voy al *Centinel*.

—¡No!

—Está bien, jefe. Iré por la redacción para entregarle mi crónica.
—Te mandaré a Nancy.

—Si me manda a Nancy, no escribo una palabra.

El teléfono cambió otra vez de mano.

—¿Qué estabas diciendo, gusano? —Era Nancy.

—Querida, le decía que eres una criatura preciosa y que te comportaste muy bien. Y ahora, por favor, necesito un poco de calma para escribir mi crónica. Dile al jefe que consiga todo lo que sepa de Pamela Coleman. Ya sabes donde trabajaba.

—Ya me ocupé de esa parte, sabueso. Eric Palmer está trabajando acerca de Pamela Coleman.

—Eres una chica muy eficiente.

—Y tú un tipo que no sabe aprovechar las ocasiones.

James se echó a reír y dejó el auricular en la horquilla.

Luego se puso a escribir en la máquina la crónica del primer crimen de «El Ángel del Odio».

CAPÍTULO VII

—¿Cuándo dará el próximo golpe? —preguntó Foster.

—No me lo dijo todavía —contestó James, que había sido obsequiado con un enorme cigarro por su jefe.

—Tendríamos que dedicar una ceremonia especial a «El Ángel del Odio».

—Sí, podíamos ofrecerle una recepción y, de paso, lo echaríamos en manos de los policías. Lo malo es que a él no le gustaría.

Foster rió porque estaba dispuesto a reír todas las ocurrencias de Baxter.

—¿Dije algo gracioso, jefe?

El interfono dio un zumbido.

Foster abrió la clavija.

—¿Qué pasa, Nancy?

—Aquí está el teniente Robson con «El Ángel del Odio».

—¿Con quién?

—Oyó bien, jefe. «El Ángel del Odio».

Se oyeron gritos, pero Foster no pudo entender nada.

—Está bien —dijo Foster—. Que pasen.

Miró con gesto furioso a Max Baxter.

—Aseguraste que tú descubrirías al asesino.

—Es cierto, lo aseguré.

Foster señaló la puerta en el momento en que se abría.

—Pues ahí tienes al teniente Robson con el criminal.

Robson habló desde la puerta con voz jactanciosa.

—Ya no hace falta que busques, sabueso —estaba mirando a James.

El hombre que había entrado con Robson y que estaba esposado se puso a gritar.

—¡Yo no maté a Pamela!… ¡No la maté!

James observó al joven, que era muy guapo.

—Tú eres Barry Ford.

—¿Cómo lo sabe?

—Me hablaron de ti la gente del club El Girasol.

—Yo sólo era amigo de Pamela.

Robson dijo con sarcasmo:

—Una clase muy especial de amigo, ¿eh, Barry? Entérense. Este tipejo le sacaba el dinero a Pamela y, justamente, ayer, cuando la mataron, Barry le había pegado una paliza. —¡No fue una paliza! ¡Sólo fue una bofetada!— gritó Barry.

—Y más tarde fuiste al club y discutiste con Pamela. Lo sabemos todo, Barry. Sabemos tanto que te vamos a meter en la cámara de gas.

Barry miró a las personas que se encontraban en la estancia como si buscase un aliado.

—Caballeros, admito que soy un hombre con pocos escrúpulos en lo que se refiere a las mujeres. ¡Pero hay muchos como yo!

Nancy dejó notar su presencia.

—Sí, señor Ford. Hay muchos como usted —y fijó los ojos en James.

El teniente Robson pegó un puñetazo en el aire.

—Oiga, Barry, no hemos venido aquí para que yo le escuche las tonterías que me ha repetido una y otra vez. Baxter, quiero que oigas a Barry por el teléfono para que identifiques su voz. Llamará desde la otra habitación. ¿Estás de acuerdo?

—No hay inconveniente.

Barry exclamó:

—Esta prueba no se puede presentar en un tribunal. ¡Usted es policía y lo debería saber! ¡No vale la identificación de un hombre por el teléfono!

—¿Qué te pasa, Barry? —preguntó el teniente—. ¿Tienes miedo de que atemos todos los cabos?

—De acuerdo, teniente. Siga adelante, pero esté preparado para mi acusación.

—¿Qué acusación?

—¡Está ignorando mis derechos constitucionales!

—¡Maldita sea! ¡Tú ignoraste el derecho más importante que

tenía Pamela Coleman!

¡El derecho a vivir!

Cogió a Barry del brazo y lo sacó a empellones del despacho.

—Nancy —dijo Foster—, ayúdales y marca el número.

—Sí, mi amo.

Nancy se marchó y Foster se frotó las manos.

—Esto hay que hacerlo a nuestra manera —descolgó uno de los seis teléfonos que había sobre la mesa y habló por él—. Clive, tengo aquí al teniente Robson y al asesino.

Manda un fotógrafo.

Luego colgó con fuerza.

Siguió frotándose las manos.

Otro de los teléfonos sonó y Foster lo señaló a James para que lo descolgase.

El periodista así lo hizo.

—Cariño —dijo Nancy desde la otra habitación—, ¿me vas a invitar a comer percebes esta noche?

—Los mariscos dan retortijones si se comen de noche.

—Pues te deseo muchos retortijones, aunque no comas mariscos. Atención, corto, y habla el asesino.

Pasaron dos segundos y Barry ya estaba gritando por el teléfono.

—¡No soy el asesino, señorita Roland!

—Cálmese, Barry —le dijo James.

—¡Y un cuerno me voy a calmar! ¡Es mi cuello el que está en juego!

—No, no es su cuello el que está en juego porque en el estado de California no se ahorca. Son sus pulmones, que respirarán el gas letal.

—¡Déjese de bromas!

—No era una broma.

—¿Es que identifica mi voz?

—Trate de decir algo con serenidad.

—Muy bien señor Baxter. Haré como que este teniente peleón no me ha cazado. ¿De qué quiere que le hable?

De las pelirrojas.

Ella era muy buena, una gran chica.

Convendrá que también era muy hermosa, ¿verdad, Barry?

—Sí.

—Repítalo.

—¿Qué quiere que repita?

—Que era muy hermosa.

—Pamela Coleman era muy hermosa.

—Basta, dígale al teniente que le quite las esposas.

—¿Eh?

—Usted no es el asesino, Barry —dijo James y colgó.

Foster se había puesto rojo.

—Eh, James, ¿qué estás diciendo?

—Que no es el criminal.

—¡No puedes estropear las fotografías que va a tirar Paul!

—Tire esas fotos, póngales el pie de que Barry Ford es el asesino de «El Ángel del Odio» y hará el ridículo.

El teniente Robson entró empujando otra vez a Barry.

—¡Quíteme las zarpas de encima! ¡No soy su hombre!

—¡A callar! —gritó Robson y señaló a Baxter—. James, ya sé lo que estás buscando.

—¿Qué cosa?

—Que suelte a Barry para que tú puedas atraparlo. Entonces lo sentarás delante de tu máquina de escribir y podrá contarte cómo lo hizo y, a cambio, tu jefe te pagará un montón de miles de dólares.

¡Una exclusiva del relato del crimen! ¡Eso es lo que usted quiere, señor Foster!

Nancy entró seguida de un fotógrafo del *Star*, un tipo de piel arrugada como un lagarto. Se llamaba Paul Sheridan.

—¿Empiezo ya, Jefe?

Barry Ford se cubrió la cara con las manos.

—¡No tiene derecho a hacer esto!

Sin embargo, Sheridan disparó el *flash* y el teniente se las arregló para salir sonriendo.

James metió su cigarro en el cenicero.

—Robson —dijo—, repito que este hombre es inocente.

—¿Por qué es inocente?

—No mató a Pamela. Su voz es distinta de la del asesino.

La seguridad del teniente bajó muchos enteros. Cerró un ojo y miró a James con el otro.

—¿Por qué me haces esto, James?

—No le hago nada, teniente. Estoy diciendo la verdad.

Robson titubeó, pero por último atrapó a Barry por el brazo.

—¡Larguémonos de aquí! ¡Esto apesta!

Foster le hizo una señal a Sheridan, el cual tiró otro *flash* del teniente empujando a Barry, mientras éste se resistía a salir. Por último, el teniente logró llevarse a Barry.

Foster le gritó al fotógrafo.

¡Síguelos, Paul! Quiero que saques una fotografía de nuestro edificio y del teniente saliendo con el asesino.

Sheridan se marchó corriendo.

Nancy estaba junto a la puerta con los brazos cruzados bajo los senos.

—¿Y si te equivocases, James?

—¿Por qué me había de equivocar?

—Si Barry Ford es el asesino, es lógico que simulase la voz cuando habló contigo.

Foster chasqueó los dedos.

—¡Nancy, eres excepcional!

—Auménteme el sueldo, jefe.

—¿Qué infiernos pasa en esta casa que todo el mundo quiere aumento de sueldo?

—Es que los hombres están muy caros —dijo Nancy.

—James te está corrompiendo, Nancy. Ya empiezas a hablar como él. ¿Quieres ocuparte de tu trabajo?

—Ya me voy a la mazmorra —repuso Nancy y salió del despacho.

Foster miró a James.

—No te he oído nada con respecto a la sugerencia de Nancy. A mí me parece completamente normal que Barry pretendiese disimular la voz.

—No es «El Ángel del Odio».

—¿Por qué no? ¡Pero dame un argumento convincente!

—Se lo daré, jefe. —James se inclinó sobre la mesa—. «El Ángel del Odio» verdadero es un hombre ilustrado, un hombre con una gran preparación cultural. Y Barry Ford es un tipo que apenas sabe lo elemental. ¿Por qué? Porque desde pequeño se vio en el espejo y se dijo: «Mecachis, qué guapo soy», y decidió vivir de las mujeres. Nuestro criminal no vive de las mujeres. Nuestro criminal es un hombre completamente opuesto a Barry Ford. «El Ángel del Odio»

es introvertido. Nuestro asesino se ha construido un mundo en donde, según él, impera la maldad porque todos los que lo habitan son malos. Y él quisiera acabar con todo, pero como no puede porque la fabricación de una bomba atómica casera le costaría mucho dinero, ha decidido eliminar a ciertos seres. ¿A cuáles? A mujeres hermosas con las que indudablemente «El Ángel del Odio» nunca ha tenido éxito. ¡Y Barry Ford se las lleva de calle! Se lo digo yo.

Foster estaba inmóvil escuchando a James. Luego soltó un gruñido.

—Resulta convincente todo cuanto has dicho.

—Gracias.

—Pero podrías equivocarte.

—Podría, pero no me equivoco. También sé algo del asesino.

—¿Que tú lo sabes?

—Estuve hablando con un camarero del club El Girasol que sirvió *whisky* al asesino.

—¿Es posible?

—El estaba con Pamela.

—¿Cómo era?

—Rubio, alto. El camarero no pudo fijarse más porque la barra está casi a oscuras… Y no recordaba haberlo visto con anterioridad.

—¿Cómo sabes que es él?

Estuvo muy poco tiempo con Pamela.

¿Es ésa una razón?

Pamela le dijo a Nora Master que tenía una cita con un hombre.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

—Pamela no lo dijo. —Rubio y alto, ¿eh?

—Sí, rubio y alto.

—¿Ninguna marca o cicatriz?

—Ya le he dicho que el camarero no pudo verlo bien.

Foster abrió la caja de los cigarros. Sacó uno. Lo observó durante un rato antes de meterlo a la boca con un gruñido. Lo prendió con la llama de un encendedor.

Nancy entró como un ciclón.

—¡Jefe, el asesino!

Foster estuvo a punto de tragarse el cigarro.

—¿Dónde está?… ¿Dónde está?

Nancy tenía las dos manos en la espalda y ahora dejó ver la diestra con la que sujetaba una carta.

—Va destinada a James Baxter. El sobre es igual que la otra vez.

—¡Dámelo! —gritó Foster.

—No, jefe, no puede violar mi secreto de correspondencia —dijo James y le quitó a Nancy la carta.

Rasgó el sobre y extrajo su contenido.

James sacudió la cabeza.

—Sí, señor Foster, es «El Ángel del Odio» quien me envía la carta.

CAPÍTULO VIII

Foster gritó:

—¿Qué estás esperando? ¡Léela en voz alta!

—Allá voy. —James hizo una pausa para respirar profundamente y empezó a leer:

> «Apreciado señor Baxter, he leído su crónica acerca de la muerte de Pamela Coleman y lo ha hecho bien. Ni siquiera me ha molestado que me llamase sádico asesino. No esperaba otra cosa de usted. Después de todo, pertenece a una categoría inferior. Lo tienen por un hombre de talento, pero yo le demostraré que es tan poco inteligente como el teniente Robson, de la Brigada de Homicidios».

—Estoy de acuerdo —dijo Nancy.

James le mostró los dientes.

—Nena, a callar o te pego una dentellada.

—Jefe, es un antropófago un poco extraño. Sólo come carne de mujeres.

Foster pegó una palmada en la mesa.

—¡Basta!... Quiero escuchar lo que escribe el asesino. ¡Sólo eso! James prosiguió la lectura de la carta:

> «He decidido matar a otra persona y, como es natural, será otra mujer. Sí, señor Baxter, matar se está convirtiendo en mi *hobby*. Y le aseguro que es el *hobby*

> más maravilloso que pueda existir. ¿A quién mataré ahora, señor Baxter?… Bueno, ya tengo elegida a mi víctima. Es una mujer hermosa como Pamela Coleman. Y sólo le daré un rastro. Es rubia, y, como Pamela, de ojos claros. Le tendré informado. Espero que sepa ser agradecido y que no me vuelva a tratar como un loco. “EL Ángel del Odio”».

Foster saltó del sillón.

—¡Publicaremos esa carta en la primera página!

Empezó a descolgar teléfonos y a ladrar por ellos.

—¡Nancy! —gritó—. ¡Échame una mano!

Nancy se dirigió hacia la mesa, pero en el camino se detuvo y preguntó a James, que estaba inmóvil como una estatua:

—¿En qué piensas?

—En todas las rubias de ojos claros que he conocido.

—¿Son muchas?

—Por docenas.

Foster gritó:

—¿Qué infiernos estáis hablando? ¡Nancy, al teléfono! ¡Y tú, James, empieza a escribir en la máquina!

—No puedo escribir.

—¿Por qué no?

—Si respondiese al «Ángel del Odio», lo haría en un estilo que a él no le gustaría.

¿Y qué importa que no le guste?

Puedo encorajinarlo más.

—Quizá con eso ayudes a la policía. Todos sabemos que un asesino que se exalta puede cometer un error.

—Me temo que nos encontramos ante un asesino muy distinto a todos los que hemos conocido hasta ahora… Y eso me recuerda que debo hablar con el teniente Robson acerca de Barry Ford.

Marcó el número de la comisaría y dijo que quería hablar con el teniente Robson y lo oyó poco después.

—Baxter, ¿qué mosca te picó ahora?

—Un tábano. La segunda carta que me envía «El Ángel del Odio».

Robson dejó transcurrir unos segundos y luego soltó una carcajada.

—Quieres que suelte a Barry Ford.

—Es asunto suyo, teniente. Yo ya he cumplido con mi deber. Hasta la vista.

—¡Espera!

Pero James no esperó y, después de dejar el receptor en la horquilla, se puso a pensar otra vez en las rubias con ojos claros que él había conocido.

* * *

Ella era rubia, con ojos claros.

Se llamaba Dorothy Jones.

Trabajaba como manicura en la sauna de Bert Daniels.

—Tiene manos de artista —dijo el hombre al que estaba haciendo la manicura.

—Lo soy.

Dorothy había encontrado agradable al cliente desde el principio. Él tenía los pómulos altos, era pelirrojo y con ojos verdes.

—¿A qué se dedica? —preguntó Dorothy, porque tenía ganas de seguir hablando, cosa que no le ocurría con frecuencia en su profesión.

—Soy pianista.

—Oh, es fascinante. Siempre me gustó tocar el piano.

—¿Lo toca?

—No, no pude aprenderlo.

—En la vida, desgraciadamente, no podemos hacer lo que deseamos.

—Tiene usted toda la razón.

—Soy Jerry Lowell. Pero puede llamarme Jerry. —Dorothy Jones.

—¿Qué clase de música le gusta, Dorothy?

—Toda, con tal de que sea buena.

—Yo trabajo en una orquesta. Interpretamos música moderna. Ahora estamos preparando una gira. Hemos regresado hace un par de días de Canadá. La semana próxima saldremos para los estados del sur. Vivo aquí, en Los Angeles, pero hay años en que sólo estoy

en mi casa por un par de meses. ¿Y sabe lo que hago entonces? Me dedico a escuchar conciertos. ¿Le gustan los conciertos de música clásica?

—Oh, sí, aunque hace tiempo que no escucho ninguno.

Dan uno muy bueno mañana por la tarde en el Teatro Imperial. Es un pianista húngaro, uno de los mejores, Janos Doubrajy… Tengo un par de discos de él en mi casa. Ese hombre será un genio. Sólo tiene veintitrés años. Ha convertido el piano en un instrumento distinto.

—Entiendo, tiene lo que se llama «ángel».

Jerry Lowell dio un respingo.

—¿Cómo ha dicho, Dorothy?

—Que tiene «ángel», quise decir que tiene clase.

—Oh, sí, desde luego. —Jerry se echó a reír—. Tiene una forma de hablar que me encanta, Dorothy.

—Lo celebro. Bueno, ya hemos terminado.

Jerry se puso en pie y se dirigió a la caja para pagar. Había tomado un baño y luego se hizo afeitar la manicura.

Dorothy ya estaba dispuesta para atender a otro cliente, cuando sintió una mano sobre el brazo. Era aquel joven tan simpático, Jerry Lowell.

—Dorothy, no sé si atreverme.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, estoy tratando de pedirle que me acompañe mañana al concierto. Claro que, si tiene otro compromiso…

—No, no lo tengo.

—Estupendo, Dorothy. Haremos bien las cosas. Cenaremos primero y luego iremos al concierto.

—También acepto su invitación a cenar.

:—¿Dónde quiere que nos veamos?

—Pase a recogerme por mi casa. Vivo en una pensión.

—Dígame, dónde es.

—Avenida Pizarro, 2334.

—¿Le va bien a las seis?

—Sí.

—Hasta mañana entonces, Dorothy.

—Hasta mañana.

Jerry hizo un saludo y se marchó.

Dorothy lo vio salir del local y sonrió. Caramba, aquel hombre era un buen mozo y estaba segura de que al día siguiente pasaría una agradable velada con él.

* * *

James Baxter estaba besando a una joven morena que respondía al nombre de Deborah Huston.

—Oh, James, qué bien lo haces.

—Tu escuela tampoco es mala.

—Hemos nacido el uno para el otro. ¿No te parece, James?

—Sí, creo que sí.

Deborah, que era una mujer muy esbelta, dio un suspiro.

Lástima que me tenga que casar.

—¿Cuándo?

—El se ha empeñado que sea lo más pronto posible. Una semana o dos. Dice que tiene que ir a Indonesia para echar un vistazo a los pozos petrolíferos que compró el mes pasado. Y de allí nos iremos a Arabia para ver los pozos petrolíferos que compró hace unos días. Dios mío, ¿qué voy a hacer yo en Arabia?

—Puedes pasear en camello.

—No me gustan esos bichos. Nunca me han gustado las jorobas. —Deborah acarició las espaldas de James—. Por eso me gustas tanto, James. Porque no tienes giba.

—Sí, me hicieron muy perfecto.

—¿Por qué pierdes el tiempo, James?

Se volvieron a besar.

Y en ese momento sonó el carillón de la puerta.

Deborah se separó.

—¿Esperas a alguien, James?

—No.

—Tampoco es hora de que vengan los acreedores.

James empezó a sentir una ligera sospecha de quién podía ser.

—Deja que siga llamando —contestó Deborah y la volvió a estrechar entre sus brazos.

Se besaron una vez más.

El carillón volvió a sonar y ahora la persona que estaba a la otra parte oprimió el botón insistentemente.

Deborah se levantó de un salto.

—Me está poniendo nerviosa.

Corrió hacia la puerta.

—Párate, Deborah.

Pero Deborah no se paró y abrió.

Al otro lado vio a una joven con los brazos en jarras.

—Hermana —dijo Deborah—, hoy no repartimos mendrugos.

Nancy pegó un resoplido.

—Claro, tú eres la que te los comes todo. —¿Qué es lo que vendes?

—Cabezas reducidas de mujeres insolentes. James preguntó haciendo un gallo con la voz.

—¿Quién es, Deborah?

—Una que trabaja en las pompas fúnebres. Nancy entró apartando a Deborah porque ella no se había movido del hueco.

Deborah se tambaleó mientras gritaba.

—¡Eh, niña, el espectáculo no es apto para menores!

—Ni para mayores de cincuenta años, abuelita.

—¿Quién tiene cincuenta años?

Las dos mujeres se miraron desafiantes.

James se puso en pie.

—Nancy, ¿qué haces aquí?

—Vine a cumplir con mi deber.

Deborah dijo con sarcasmo:

—¿Trajiste el picardías en el bolsito?

—Oye, nena, te voy a hacer tragar la peluca para que te calles.

—De eso nada, monada.

—Ahora verás.

Fueron a enzarzarse, pero James corrió mucho y logró interponerse.

—¡Un momento! ¡Un momento! ¡No estamos en un *ring*! ¡Esto no es el campeonato de los pesos gallos! —las miró de pies a cabeza—. Bueno de los pesos gallinas. ¡No, no lo es! De modo que ya lo sabéis, muchachas. Cada una a su rincón, quise decir a su corral.

Deborah señaló el piso.

—Éste es mi corral. Que se vaya al suyo. —¿Ya puso ella el huevo, James?— inquirió Nancy. —¿Quién puso el huevo? ¡Nadie puso el huevo!

—James —gritó Deborah—. ¡Déjamela sólo un momento!

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque Nancy sabe judo.

—Yo sé karate.

—¡Segundos fuera! —dijo Nancy.

—¡No…, no! —chilló James—. ¡Os lo prohíbo!

Nancy y Deborah atraparon a James al mismo tiempo para apartarlo y, como las dos emplearon una llave, James se puso a gritar.

—¡Que me desmembráis! ¡Cuidado con ese bracito!

Pero ellas, como si se hubiesen puesto de acuerdo, lo arrojaron por el aire y James pegó un aullido, rebotando en el sofá y de allí cayó al suelo.

—¡Me habéis matado!

—Amor mío —dijo Deborah y echó a correr, pero Nancy le puso la zancadilla y también se puso a volar.

Cayó sobre James y los dos rodaron por la alfombra abrazados.

—¡Inmorales! —dijo Nancy—. No es momento para hacerse el amor.

James se puso en pie.

—Nancy, esto me lo vas a pagar.

—Entérate, Rasputín. No vine por lo que tú crees. No, no vine a pasar una velada contigo, sino porque me mandó el jefe.

—¿Qué quiere el jefe?

—Has estado dos días sin pasar por el periódico y Foster pensó que estarías trabajando. Y yo le dije que estarías trabajando con una mujer. —Nancy se puso el dedo índice bajo el ojo derecho—. Vista que tiene una. Porque a mí no me la pegas, James Baxter.

—Nadie trata de pegártela. ¡Estaba con Deborah porque Deborah me gusta!

Deborah se puso de rodillas.

—¿Quieres saber más, niña?

—Ya lo sé todo, abuelita. No hace falta que me enseñes más cosas. Por mí se las puedes enseñar todas a Rasputín.

—Nancy, te prohíbo que me llames Rasputín —exclamó James.

En ese momento sonó el teléfono.

James descolgó de mala gana.

—Aquí Rasputín. ¡Quise decir James Baxter!

—Buenas noches, señor Baxter.

Era «El Ángel del Odio».

—Caramba qué sorpresa. ¿Ya lo hizo, «Ángel»?

—No, simplemente le llamo para anunciarle que lo voy a hacer.

—Muy amable.

—De nada, señor Baxter. Ya sabe que estoy a su disposición.

—¿Y cuándo lo va a hacer, «Ángel»?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—¿Otra vez con eso, señor Baxter? Es usted muy simple en repetir esa pregunta absurda.

—Podría ampliar algún detalle.

—¿Para qué?

—Usted está desafiando a la ley y a los encargados de cumplirla.

—Sí, eso es cierto.

—Pero lo hace con mucha ventaja, «Ángel», y eso está al alcance de cualquiera.

—No.

—Sí, «Ángel», cualquier retrasado mental puede matar a una persona anunciándolo previamente. No tiene ningún mérito. Sólo prueba una cosa. Que tiene una mente de chiquillo.

—¡No diga eso, maldita sea!

—¿Qué le pasó en su niñez, «Ángel»? ¿Lo dejaron sin postre porque les hizo una cosa fea a sus padres y ahora quiere vengarse matando a sus semejantes?

—¡No sabe lo que dice!

—Lo sé muy bien, aunque ignoro la razón concreta de su trauma.

—No se las dé de psiquiatra. Usted sólo es un periodista.

—Un periodista debe saber un poco de todo. Y sé lo suficiente de psiquiatría para decirle que usted necesita un tratamiento en un hospital de enfermos mentales.

—¡Es usted un puerco! Pero no puedo seguir hablando. Su teléfono está intervenido.

—¿Desde dónde llama?

—Desde un teléfono público.

«El Ángel del Odio» colgó.

En seguida, James oyó la voz del teniente Robson.
—Baxter, lo has hecho todo muy mal.
—Teniente, ¿con qué derecho está en mi línea cuando todavía no he colgado?
—Porque quiero impedir un crimen.
—No lo impedirá interfiriendo mi teléfono. ¿No ha oído a ese hombre? Se ha imaginado que ustedes estarían escuchándome y ya colgó.
—Puede que mis hombres le den alcance.
—No, teniente, es demasiado listo para dejarse sorprender de esa forma. ¿Desde dónde llamaba?
—Desde un locutorio de la calle Laurel.
—Cuando sus hombres lleguen, encontrarán la jaula vacía.
—Quizá sí, quizá no. He ordenado una estrecha vigilancia.
—¿Cree que él no se habrá dado cuenta, teniente? Le dije al asesino que era un chiquillo, pero usted no se quitó tampoco los pantalones cortos.
—¡Baxter, no le consiento más insultos!
James colgó sin responder al teniente.
Nancy y Deborah habían estado calladas, escuchando el diálogo que sostenía James con sus dos comunicantes.
Nancy rompió el silencio.
—De modo que «El Ángel del Odio» ya encontró a la rubia de ojos claros.
—Eso dijo.
—Pobre muchacha. ¡No podemos estarnos quietos, James!
—¿Qué quieres que hagamos? Ya hicimos lo que pudimos publicando la carta que me envió.
—En Los Angeles hay miles de rubias con ojos claros. No todas habrán leído nuestro periódico.
—Y muchas que lo han leído no lo tendrán en cuenta.
—¿Y si los hombres de Robson han logrado prender a «El Ángel del Odio» antes de que haya abandonado el locutorio público?
—Ni tú misma piensas en semejante posibilidad.
Deborah intervino:
—Oye, James, si ya terminaste de hablar con la niña, ¿por qué no la mandas a su casa para que se limpie la nariz?
—¡Que ya tengo jaqueca!… ¡Paz, muchachas!…

—¡A ti te voy a limpiar yo la nariz!

Otra vez se enzarzaron.

James se puso a gritar.

—¡Paz!

Nancy logró atrapar a Deborah por el brazo y le hizo una llave con mucha rapidez derribándola en el suelo. Luego le puso la mano entre la nariz y la oreja.

—Te voy a dejar chata, preciosa.

—¡Socorro, James!… ¡Que me deja sin nariz!…

—Nancy, déjala quieta.

—Con una condición —dijo Nancy.

—¡La que tú quieras! —respondió Deborah.

—Que te marches a tu casa.

—¡De acuerdo!

—Júralo.

—¡Ya está jurado!

Nancy se levantó sonriente y dijo:

No hace falta que te vayas, Deborah.

—¿Qué?

—Soy yo la que me marcho, pero lo hago por propia voluntad.

Caminó hacia la puerta con aire victorioso, pero antes de salir dijo:

—Sigue tu juego con ella, Rasputín.

Y luego salió del apartamento.

CAPÍTULO IX

—Buenas noches, señora. Vengo a por Dorothy Jones.

La mujer tenía el pelo blanco y usaba gafas.

—Soy Susan Martin. Puede pasar. Dorothy bajará enseguida.

—Muchas gracias.

Jerry Lowell entró en un *living*.

Una voz llegó desde lo alto de la escalera.

—Señora Martin, ¿es él?

—Creo que sí.

Jerry contestó mirando hacia lo alto de la escalera.

—Soy Jerry Lowell.

—En seguida bajo, Jerry.

La señora Martin estaba sonriendo al visitante.

—¿Quiere una copita? No tengo *whisky*, pero sí un licor que está hecho con yerbas y es muy rico —dio un suspiro y miró el retrato antiguo de un hombre que estaba en la pared.

Mi Frank no quiso seguir ese consejo y el *whisky* acabó con su hígado.

—Hay muchas cosas que acaban con las personas, señora Martin.

—Oh, sí, tiene razón. Hay tantas enfermedades. Se oyeron pasos en la escalera, y Dorothy bajó rápidamente.

—Estás encantadora, Dorothy —le dijo Jerry.

Se estrecharon la mano.

—¿Nos vamos?

—Adiós, señora Martin. Encantado de conocerla. —Que se diviertan, muchachos.

Salieron de la casa.

—La señora Martin es muy buena —comentó Dorothy.

—Sí, eso parece.

Montaron en un coche rojo de marca europea y, cuando hubieron emprendido la marcha, Jerry la tuteó.

—¿Quieres un cigarrillo?

—Sí, gracias.

—Enciende otro para mí.

Dorothy prendió dos cigarrillos con el encendedor automático y entregó uno a Jerry.

—¿Has estado casado, Jerry?

—No.

—Yo sí.

—¿Y qué pasó con tu matrimonio?

—Nos divorciamos.

—¿Hace mucho?

—Me casé hace tres años y nos divorciamos al año.

—¿Algún hijo?

—No.

—¿Por qué fue el divorcio?

No nos entendíamos…

¿Qué fue de él?

—Se volvió a casar.

—Habrás tenido muchos pretendientes desde entonces.

—Bueno, nunca faltan.

Jerry le sonrió.

—A ti no te pueden faltar porque eres hermosa.

Dorothy encogió un hombro.

—Hay muchas como yo.

—Eres muy modesta. Pero te aseguro que hay pocas como tú…

Cenaron en un restaurante italiano y cuando bebieron el café, Dorothy dijo:

—No sé nada de ti, Jerry.

—Claro que lo sabes.

—Bueno, que eres músico, pianista, pero nada más.

—También sabes que no me casé. Me da miedo el matrimonio.

—¿Miedo por qué?

—Miedo porque me resultase mal. Contigo ocurrió.

—Sí, es cierto, pero no volverá a ocurrir.

—¿Cómo estás tan segura?

—Elegiré bien la próxima.
—Por eso te hiciste manicura.
—¿Cómo?
—Te hiciste manicura para conocer a hombres importantes.
—Sí, Jerry, tienes razón. Quiero casarme con alguien que me lo pueda ofrecer todo.
—Entonces, ¿por qué saliste conmigo? Un músico no te lo puede ofrecer todo.
—Me resultaste simpático.
—Entiendo, sales conmigo a falta del hombre importante.
—No digas eso, Jerry.
—Marchémonos al teatro. Vamos a llegar tarde.
Durante el concierto los dos prestaron mucha atención a aquel pianista húngaro. Efectivamente, era fuera de serie, como había dicho Jerry. La gente lo ovacionó largamente cuando terminó su recital.
Jerry y Dorothy salieron a la calle.
—Gracias por haberme traído, Jerry.
—¿Satisfecha?
—Nunca lo había estado más.
—Ahora te llevaré a otro sitio que te gustará.
—¿Adónde?
—Es una sorpresa.
Montaron en el coche y fueron hacia la costa, a unas millas de la ciudad, hacia el Norte.
Jerry detuvo el coche y los dos saltaron.
Hacía una noche casi veraniega.
Dorothy vio una masa oscura que se balanceaba en el mar.
¿Qué es eso?
Barcas. Tengo una. Ven, está más arriba.
—¿Por qué la compraste?
—Un poco más arriba hay un buen lugar para la pesca. Resulta incómodo salir de la ciudad para pescar. En cambio, teniendo la barca, puedes hacer noche en ella y salir al amanecer.
Llegaron al lugar donde estaba la barca.
—Ten cuidado, Dorothy. Algunas maderas están podridas.
Jerry se refería al puente que había entre tierra firme y la barca. Entraron en ésta y Jerry abrió la puerta de la cabina.

—Adelante.
Dorothy sonrió.
—¡Dios mío qué oscuro está esto!
Jerry encendió una lámpara de petróleo.
Por dentro, la barca estaba bien equipada.
—Caramba, esto es un sueño —rió Dorothy.
—¿Te gusta?
—Mucho.
—Vamos a tomar un baño.
—¿A estas horas?
—Qué importa la hora si la temperatura es adecuada.
—De acuerdo. Pero ¿tienes bañador para mí?
—Sí, hay unos cuantos. Puedes elegir. Al fondo está el dormitorio.
Ella hizo un gesto afirmativo y se fue hacia la puerta que Jerry le señalaba.
Cuando Dorothy hubo desaparecido, Jerry se acercó a la cocina. Abrió un cajón. Dentro había un largo cuchillo. Lo cogió por el mango y quedóse mirando la puerta tras la que se encontraba Dorothy. Esbozó una sonrisa.
Volvió junto a la mesa y dejó el cuchillo sobre ella.
Pasaron cinco minutos, y Dorothy apareció cubriéndose con Un bikini. Jerry la miró de pies a cabeza.
—Nena, estás sensacional.
—Pero no te has puesto el bañador.
—No me hace falta.
—Dijiste que íbamos a bañarnos.
—Ahora he cambiado de opinión.
—No te entiendo.
—Quería verte así.
—Jerry, esto no es un juego limpio.
—Sí, quería verte cómo estás ahora, sin tanta ropa. No había tenido ocasión de verte en las veces anteriores.
—¿Las veces anteriores?
—En el bar de Bill Peterson, en el restaurante de Walter…
—¿Me viste allí?
—Sí, muchas veces.
Pero yo no me di cuenta.

Te he estado espiando desde hace una semana. Y por fin me decidí a entrar en el negocio en que trabajabas. Te advierto que me costó trabajo que me manicurases. Esa estúpida compañera pecosa que tienes allí quiso manejar mis manos, pero yo no la dejé. Y esperé a que terminases con el gordo que estabas manicurando.

Dorothy se echó a reír.

—De modo que eres un tímido.

—Sí.

—Me has estado sometiendo a observación durante muchos días y al fin te dijiste: «Es la hora».

—Así es.

—Jerry, lo siento pero ya te dije que no eres mi tipo.

—Claro, tú quieres a alguien con mucho dinero.

—Soy sincera. No tienes por qué enfadarte.

—Pero tú no vas a tener a ese tipo importante. Te juro que no lo vas a tener.

Jerry cogió el cuchillo por el mango.

Dorothy vio la larga hoja de acero y se pasó la lengua por los labios.

—Jerry, ¿por qué coges ese cuchillo?

El no dijo nada. Echó a andar hacia ella. Dorothy retrocedió.

—¡Jerry!... ¿Qué vas a hacer, Jerry?

Pero tampoco él le contestó mientras seguía avanzando.

Dorothy miró a un lado y a otro, como si esperase encontrar una salida para escapar.

—¡Jerry, si te acercas un paso más me pondré a gritar!

—Aquí no hay nadie.

—Algunas de las otras barcas estarán ocupadas.

—No hay ninguna ocupada. Me aseguré bien.

—¿Qué vas a hacer? —Matarte.

—¿Estás loco, Jerry?

—No, querida, estoy muy cuerdo y por eso te voy a matar. Para que no hagas sufrir a más hombres.

—No he hecho sufrir a ninguno.

—Haces sufrir a todo el que te mira, porque eres hermosa y tentadora, y todos te desean.

—Jerry, ¿de qué estás hablando?

—Yo sé bien de lo que hablo.

—Jerry, no puedes matarme por una sencilla razón. Sospecharían de ti. Esta barca es tuya.

Jerry sonrió.

—No, cariño, esta barca no es mía.

—¿Cómo?

—Sólo vine un par de veces por aquí y me mantuve lejos. A decir verdad, entré en la barca hace unos días para asegurarme de que era el sitio ideal para traerte.

Al oír aquello, Dorothy se sintió llena de pánico.

Jerry, no puedes estar hablando en serio.

—Lo vas a comprobar enseguida.

Dorothy quiso meterse en el dormitorio, pero Jerry se lo impidió, echándose sobre ella y atrapándola por la cintura.

—¡Jerry, no!

El cuchillo de Jerry se hundió en el vientre de Dorothy Jones como en un bloque de mantequilla.

CAPÍTULO X

James Baxter estaba besando a Deborah.

—Oh, por fin solos —dijo Deborah.

—Oye, llevamos mucho tiempo solos.

—Esa chica me puso muy nerviosa.

—Pues cálmate, Deborah.

—Demonios, yo sólo vine para despedirme de ti. Y ya llevo aquí unas cuantas horas.

—¿Por qué medir el tiempo, Deborah?

En aquel momento sonó el carillón de la puerta.

—Ya sé quién es —exclamó Deborah, furiosa.

—¿Quién?

—La chica que me puso furiosa.

—No, no puede ser Nancy.

—Está celosa y no puede consentir que tú y yo estemos a solas.

—Sólo es una compañera del periódico.

—De acuerdo, es una compañera, pero te quiere clavar sus zarpas.

—Si es ella, la pondré de patitas en la calle.

Fue a abrir.

—Nancy, ya se acabó… —empezó a decir—. Pero se interrumpió porque allí estaba su jefe, Matt Foster.

—Buenas noches, James.

—¿Qué hace aquí, señor Foster?

—Me dijeron que recibiste la llamada de «El Ángel del Odio».

—Sí.

—¿Por qué no me informaste?

—Nancy estaba aquí y pensé que ella se lo diría.

Nancy asomó la cabeza por detrás de Foster y le hizo un saludo

con la mano.

—Hola, James.

—¿Qué haces aquí escondida?

—Le dije al jefe la verdad. Que estás con una mujer en tu apartamento.

—Sólo es una amiga que vino a despedirse porque se va a casar.

—¿Oye sus explicaciones, jefe?

—No he conocido a nadie más cínico —contestó Foster y entró en el apartamento, pero se detuvo al ver a Deborah.

Nancy también fue a entrar, pero James la detuvo.

—Traidora. Eso eres. Una traidora. Ella levantó la barbilla con orgullo.

—No me hablo con ciertos tipejos.

Foster carraspeó.

—¿No me vas a presentar, James?

Deborah seguía sentada en el sofá, con las piernas cruzadas, y un vaso de *whisky* en la mano.

Mi jefe el señor Foster —dijo James—. Deborah Huston.

—Encantado, señorita Huston.

—Es un placer, señor Foster —dijo Deborah y sonrió haciendo un abaniqueo con las pestañas. Nancy Roland dijo:

—Ya está la vampiresa afilándose los colmillos para clavarlos en el potentado señor Foster.

—Oye —repuso James—, por si te sirve de algo, ella se va a casar con uno de los reyes del petróleo.

—Bueno, si se casase con Foster, tampoco haría mal negocio. Estas tigresas sólo muerden carne de primera calidad.

—No me hables de morder, que te muerdo a ti.

—Oh, James, siempre me dije que, cuando me declarases tu amor, serías así de impetuoso.

—De amor nada, pequeña.

—¿Yo pequeña? —Nancy se puso de puntillas para parecer más alta e hinchó los pulmones y sus senos rebosaron la blusa—. ¿Lo paso a la otra acera, ciego?

Foster se había sentado ya en el sofá y él y Deborah estaban hablando con mucho entusiasmo. Nancy soltó una risita.

—Se acabó la despedida, Casanova. Tu lugar fue ocupado por el jefe.

—No me duele el corazón.

—Oh, qué letra tan buena para una canción.

—No te burles o te estrangulo.

—También ésa sería buena para una canción de *music-hall.*

—Nancy, ¿sabes por qué no podemos ligar tú y yo?

—¿Por qué no?

—Porque eres demasiado inteligente.

Nancy le echó los brazos al cuello y dijo:

—Amor, ¿cuántas son dos y dos?

James se quedó quieto y le habló con los dientes apretados.

—No te sirve, porque sabes perfectamente que pueden ser cinco.

Sonó el carillón de la puerta.

James se quitó los brazos de Nancy.

—Perdona, pero tengo que abrir.

—Qué lástima, te salvó la campana.

—Que te crees tú eso. No estoy *groggy*.

James abrió la puerta y dijo:

—¿Cómo está, señora Smith?

—¡No soy la señora Smith! —Gruñó el teniente Robson.

—Oh, perdone, teniente, es que de vez en cuando mi vecina, la señora Smith, me pide azúcar o cualquier cosa.

Nancy soltó una risita.

—Y no estabas *groggy*.

El teniente Robson entró seguido del sargento Harry Stuart y un detective.

Nancy dijo:

Oh, no sabía que se celebrase aquí el baile de la policía, James.

Baxter le dirigió una furiosa mirada:

—A callar, nena, que el teniente viene caliente.

—Sigues siendo bueno como letrista de canciones. Pero, por favor, James, no hagas más rimas.

El teniente estaba confundido escuchando a uno y a otro.

—¡Basta de bailes!… ¡Basta de rimas!

Descubrió a Foster y a Deborah, que hablaban muy juntos, y que no habían notado todavía su presencia.

—Eh, James, ¿qué es esto? ¿Facilitas tu apartamento para citas clandestinas de tu jefe?

—No me pida número para mañana, teniente. Lo tengo

comprometido para el gobernador.

—No esperes que te ría el chiste.

—Usted no se ríe desde hace veinte años y un día. La úlcera no lo deja.

—¡Fuera úlcera!… ¿Llamó «El Ángel del Odio»?

—Usted sabe que no. Tiene un hombre interfiriendo mi teléfono.

—Tuve que salir.

—A capturar al asesino en un locutorio público. Y cuando llegó al locutorio estaba vacío. Pero usted tiene gente muy eficiente, y ellos estaban preparados para atrapar al criminal en el locutorio.

—¡Sarcasmos no, James!

En aquel momento sonó el teléfono.

El teniente y James echaron a correr, pero James era más ágil y llegó antes.

—Déme este teléfono —gritó el teniente, tratando de quitárselo.

Sus caras quedaron muy juntas.

—Teniente, quiero recordarle que ésta no es su oficina.

—Yo estoy en acto de servicio.

—Yo también y éste es «mi» apartamento.

—Maldita sea, ¿qué está esperando? A la otra parte está el asesino.

James levantó el auricular y una voz dijo:

—Pescadería del señor Marcini. Acabo de recibir truchas de alta montaña.

—Para ser un asesino es muy mal bromista.

Oyó una risa.

—Señor Baxter, sé que la policía está con usted. Acabo de oír gritos de discusión.

Me decepciona usted mucho.

—Usted también me decepciona.

—¿Por qué? ¿Porque no me dejé sorprender en el locutorio?

—Porque habrá matado a una pobre chica que creyó en usted. Porque sé lo que hace, «Ángel». Las lleva al lugar del crimen mediante el engaño.

—Sí, señor Baxter, me valgo del engaño, pero da la casualidad de que, si yo les dijese que me acompañasen para matarlas, lo más probable es que no viniesen.

—¿Ya la mató?

—Del todo.

Es un canalla.

«El Ángel del Odio» rió.

—Señor Baxter, está muy furioso.

—Lo estoy porque su locura le ha llevado a asesinar a dos mujeres inocentes.

—¡No es mi locura!

—Usted está más loco que un rebaño de cabras.

—No sea brutal, señor Baxter.

El teniente estaba inclinado sobre el teléfono para escuchar y su cara hacía gestos, de acuerdo con las frases que pronunciaba el asesino.

Habló por lo bajo.

—Pregúntele dónde está el cadáver.

El asesino rió otra vez.

—Imagino que es el teniente Robson.

—Sí, maldito —gritó el teniente por el micro.

—Veo que está interesado en localizar el cadáver. ¿O sólo trata de ganar tiempo para que yo me quede aquí y sus hombres me sorprendan? Retírese, teniente. Sólo hablaré con Baxter. ¡Retírese o cuelgo!

Robson se retiró como si el asesino lo pudiese ver.

—«Ángel» —dijo James—. ¿Dónde lo hizo esta vez?

—En una barca. Siete millas al norte de la ciudad. El lugar se llama Paraíso. La barca se llama *Juno*. Y ahora me tengo que ir, señor Baxter. Hasta pronto. Oh, perdón, la víctima es Dorothy Jones. Una mujer muy hermosa. Qué pena. Hasta la belleza se pierde.

—Es un loco. ¡Solamente un loco!

«El Ángel del Odio» rió otra vez, y así colgó, riendo.

—¿Dónde? —gritó el teniente.

—Siete millas al norte. En una barca llamada *Juno*. La asesinada es Dorothy Jones.

—Vamos, muchachos —dijo el teniente y echó a correr.

Foster y Deborah seguían embelesados.

Nancy se acercó a James y dio un suspiro.

—Lo siento por la chica.

—Yo también.

—Y va a seguir matando.

—Me temo que sí.

—¿No se te ocurre nada, James?

James se la quedó mirando a los ojos.

—Me va algo por la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Los cebos son para pescar.

—Y de eso se trata, de pescar. Aunque él sea un tiburón.

—Y por tanto, tienes que poner en tu anzuelo un cebo, muy apetitoso.

—Por ejemplo, tú.

—¿Qué has dicho?

—Tú, Nancy.

Oh, no —fue a echar a andar hacia el sofá—. Ahora mismo le pido las vacaciones al jefe.

James la cogió por el brazo.

—Nancy, ni siquiera sé si va a resultar. Con tu aceptación todavía no habríamos adelantado nada. Tengo que conseguir que el asesino se fije en ti.

—¡Ni lo pienses! ¡No quiero que se fije en mí!

Nancy se desembarazó del brazo de James y se dirigió al sofá.

—Señor Foster, ¿nos vamos?

—Oh, sí.

—Marchémonos antes de que me pongan en un anzuelo.

Foster miró de un lado a otro y empezó a preguntar:

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué ha pasado aquí?

Capítulo XI

James estaba tecleando en su oficina, en la redacción del *Star*.

Había tardado más de tres horas en componer su artículo. Era un desafío a «El Ángel del Odio».

Nancy entró.

—El jefe está muy nervioso. Dice que no puede esperar más tu crónica.

—Aquí la tienes terminada.

James sacó el papel de la máquina y se lo entregó a Nancy.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Claro.

Nancy leyó y poco a poco se fue poniendo pálida.

—James, eres un miserable.

El periodista se apoyó en el respaldo de la silla.

—No te nombro a ti, Nancy.

—Pero aquí dice que ha elegido a sus chicas entre mujeres poco formadas socialmente, ingenuas, con poca cultura.

—¿Y qué? ¿No es verdad?

—Pero éstos son los preparativos.

—Sí, son los preparativos para una trampa. Pero descuida, no te voy a elegir a ti como cebo.

—¿Y a quién?

—No te lo diré.

Nancy dio media vuelta y salió del despacho.

James encendió un cigarrillo y empezó a mascullar por lo bajo.

* * *

Ya habían pasado otras veinticuatro horas.

James Baxter se encontraba en su oficina, pero ahora no tecleaba. Tenía una baraja de póquer en la mano e iba tirando los naipes sobre un sombrero colocado en una silla, a cuatro metros de distancia. El juego consistía en introducir los naipes en el sombrero, y fallaba un naipe de cada tres.

El teléfono se puso a sonar.

James saltó como un rayo y el mazo de naipes se desparramó por el suelo.

—¡Diga!

—¿Qué pretendes con eso?

Era el teniente Robson.

—¿A qué se refiere, teniente?

—¡Sabes muy bien a qué me refiero! ¡A tu maldita crónica! Sólo lograrás una cosa. Que «El Ángel del Odio» aumente el número de sus víctimas.

—¿Cree que no las hubiese aumentado si yo hubiese dejado de escribir contra él?

—Quizá se habría tomado un descanso.

¿Por qué habría de tomárselo?

—Porque hemos estrechado la vigilancia.

—Su vigilancia no sirve para nada en una ciudad como Los Angeles, teniente. Y usted lo sabe. Y ahora por favor, déjeme. Estoy haciendo mi sesión de gimnasia.

—Ojalá te partas una pierna.

—Gracias por sus buenos deseos, teniente —dijo James y colgó.

Vio los naipes en el suelo y les dio una patada. Tenía un archivo personal. Dos cajones metálicos. Abrió uno de ellos y extrajo una botella de *whisky*. Desenroscó el tapón y bebió un trago.

En eso sonó otra vez el teléfono.

Esta vez no se dio prisa. El teniente se habría olvidado de algo. Era un tipo pesado.

—James Baxter —dijo.

—Señor Baxter, me dijo que era un miserable. Y ahora le diré lo que es usted. ¡Un piojoso periodista!

James sonrió. Ahí tenía a «El Ángel del Odio».

—¿Qué le pasa, «Ángel»? ¿Tiene dolor de muelas?

—¡No consiento que se burle de mí!

—¿Y cómo se las va a arreglar para no consentirlo?
—Usted ha insistido en que lo que yo hago es fácil.
—Sí, quise que lo supiese todo el mundo. Usted es un criminal de tres al cuarto. Un robaperas.
—¡Maldito sea, Baxter! Tengo más cultura que la que usted pueda asimilar durante el resto de su vida.
—Oh, ¿se leyó la enciclopedia británica?
—He leído todo lo que el hombre ha escrito sobre todas las materias.
—¿Ha tenido tiempo para eso?
—Lo he tenido porque me marqué una disciplina desde que cumplí los quince años.
—Me imagino el resto. Usted no tuvo padre ni madre. Lo escupió un sapo. Pero lo recogieron dos tías solteronas que vivían solas. Y ellas fueron las que le dieron la leche. Pero usted era un niño muy enfermizo y lo criaron en un invernadero. ¿O fue al lado de una estufa, y para que no se aburriese le echaron libros? Así fueron creando un pequeño monstruo que empezó a engordar y a engordar hasta convertirse en el engendro que es hoy.
—Señor Baxter, sólo me había propuesto matar mujeres. Pero ¿sabe que ahora me gustaría cambiar de idea?
—Entiendo. Le gustaría matarme a mí.
—Sí.
—Inténtelo.
—Si quisiese lo mataría.
—Le apuesto todo lo que quiera a que no lo consigue.
Hubo un silencio y de pronto «El Ángel del Odio» se echó a reír.
—Señor Baxter, es usted muy listo.
—Gracias.
—Condenadamente listo.
—Otra vez gracias.
—Pero no conseguirá lo que quiere.
—¿Qué es lo que yo quiero?
—Pretende convertir esto en un duelo personal entre usted y yo.
—Exacto. Una caza. Pero sería una caza muy particular porque, en cualquier momento, el cazador se podría convertir en la pieza a cobrar.
—No, señor Baxter. Ahora comprendo su intención. Eso es lo

que usted ha pretendido con la crónica. Que yo diese un paso en falso.

James se maldijo. Su treta había salido mal. Sí, le había dicho la verdad a Nancy. Quería sustituirla como cebo poniéndose él mismo en el anzuelo. Pero el tiburón renunciaba a picar.

—Señor Baxter, le voy a preparar una sorpresa.

—No me diga que me va a mandar una tarta y que dentro habrá un zapato.

—No, es algo mejor.

—¿Por ejemplo?

—Voy a matar a una persona que usted conoce. A Nancy Roland.

James se quedó de piedra. Era lo que en un principio había pensado. Pero luego abandonó aquella idea y decidió impresionar a «El Ángel del Odio» para que lo eligiese a él como víctima.

—¿Nancy Roland? ¿Quién es Nancy Roland?

—Disimula mal, señor Baxter. Nancy Roland es la secretaria del señor Foster, con la que usted convive. La he visto muchas veces.

—¿Dónde?

—En la calle.

—Olvídela, Baxter, Nancy no le sirve. No es la clase de belleza que a usted le gusta.

—Todo lo contrario, señor Baxter. Nancy Roland es una mujer de una gran belleza, esbelta, herniosa, con unos grandes ojos…

—Espere un momento, «Ángel».

—¿Para qué tengo que esperar?

—Llamaré a Nancy para que usted la siga requebrando. A ella le gustará mucho. Es muy coqueta.

—Gracias por decirme eso. Me gusta que mis víctimas sean coquetas.

—Oiga, «Ángel», tiene muchas donde elegir.

—Ya elegí esta vez.

—No le puede hacer esto. Es dulce, callada, humilde…

—Está dando todas las características que yo deseaba para mi próxima víctima. Hasta pronto, señor Baxter.

Colgó.

James se quedó mirando el receptor un buen rato antes de dejarlo en la horquilla.

Después de todo, había salido cómo él había deseado en un principio. Nancy era la próxima víctima.

Fue hacia la puerta para reunirse con Nancy y ponerla al corriente, pero se detuvo cuando tenía la mano puesta en el tirador.

Conocía a Nancy. No era callada, ni dulce. Pondría el grito en el cielo. Y, naturalmente, querría informar del asunto al teniente Robson, y el zoquete del teniente lo estropearía todo.

Paseó por la habitación y pensó mientras se pellizcaba una oreja. No, no podía avisar a Nancy porque la chica sufriría una crisis nerviosa. Pero tampoco podía dejarla a solas. Nancy vivía en un apartamento. Y él no podía abandonarla ahora. No tendría más remedio que estar con Nancy el mayor tiempo posible.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Nancy.

—El jefe quiere verte.

—Yo no quiero ver al jefe. Quiero verte a ti, Nancy. ¿Sabes que estás muy bonita?

—¿Desde cuándo?

—Lo noté hace unos días.

Nancy arrugó la frente.

—¿Y Deborah?

—Ya se marchó.

—¿Adónde?

—Quiero decir que se marchó de mi vida.

James dio unos pasos alrededor de Nancy.

—¿Cuánto mides?

—Uno setenta y tres con zapatos. Y si quieres las otras medidas no tengo inconveniente en dártelas. 93 – 43 – 93.

—No me lo creo.

—Pues no te voy a dejar que me lo midas a palmos. No, no pienses que te voy a consentir eso.

—Hace unos días me lo habrías consentido.

—Eso pasó hace un millón de años.

—¿Tan viejecita te sientes?

—Soy una mujer que encaneció a consecuencia de los disgustos que le daba un compañero.

—Y al compañero lo estás mirando, pero no lo quieres señalar.

—Si tú lo dices…

—Oh, Nancy, ¿cómo he sido tan torpe? ¿Cómo no he visto lo

que tenía en casa? Eres maravillosa, la criatura más adorable de la Creación.

—Ponle música.

James estalló.

—¿Otra vez con las canciones?

—Eres tú el letrista.

—De acuerdo, Nancy. Pero ahora quiero hablar muy en serio contigo.

—¿Y qué cosa me vas a pedir en serio?

—Que vayamos a cenar esta noche a la luz de las velas.

—No sabía que fueses tan cursi, James.

—Las velas no son cursis. Dan la iluminación precisa para que un hombre y una mujer puedan…

—Cogerse las manitas y darse besitos.

—Está bien, Nancy. Si lo prefieres, hablaremos de negocios a la luz de las velas.

—Tú y yo no tenemos negocios comunes.

—Nancy, ¿por qué eres tan materialista?

—Miren quien lo dice. El hombre que las devora en su propio jugo. No saldré contigo esta noche. ¿Y sabes por qué? Porque ya estoy comprometida.

—¿Con quién?

—Eso a ti no te importa. ¡Y el jefe te sigue esperando!

Nancy salió de la habitación.

James se quedó inmóvil, mirando la puerta cerrada, mientras sentía un escalofrío por la espalda. Nancy iba a salir con alguien aquella noche. ¿Y si fuese el asesino que ya había tendido sus redes sobre su próxima víctima?

CAPÍTULO XII

James estaba sentado ante el volante, junto a la acera, observando atentamente la casa donde vivía Nancy.

Eran las seis y media de la tarde.

Se estaba poniendo nervioso.

Al fin llegó un coche y se detuvo. Era negro, un «Ford». Un hombre saltó. Era alto, casi tanto como él. Correspondió a la idea que se había hecho de la estatura del asesino.

Entró en el edificio.

Entonces James saltó del automóvil y se dirigió también a la casa.

El portero estaba limpiando el pasamos de la escalera.

—Hola, soy James Baxter, periodista, compañero de Nancy Roland.

—Oh, sí, he leído sus crónicas, señor Baxter. Justamente acaba de preguntar un hombre por ella.

—¿Quién es?

—No lo había visto antes de ahora.

—Gracias de todas formas.

James no supo que hacer. Si subir o quedarse allí… Finalmente se decidió a utilizar el ascensor.

Se detuvo en la tercera planta y se dirigió silenciosamente hacia el apartamento 39, donde vivía Nancy.

Al llegar apoyó la oreja en la puerta para escuchar.

La puerta de enfrente se abrió, y James simuló que estaba recogiendo algo del suelo.

Oyó pasos y vio a una viejecita que se apoyaba en un bastón.

—¿Le puedo ayudar a buscar lo que perdió, caballero?

—Es usted muy amable, pero ya lo encontré —dijo James y

metió la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Era solamente un alfiler de corbata. Gracias de todas formas.

—Adiós —dijo la señora y se marchó hacia el ascensor.

James caminó al fondo y esperó a que la ancianita se marchase en el ascensor.

Entonces corrió otra vez ante la puerta 39 y pulsó el timbre.

Oyó el carillón, pero no le abrían.

Tocó otra vez empezando a ponerse nervioso. El asesino podía estar matando a Nancy. O quizá la habría matado ya.

—¡Nancy!… ¡Abre, Nancy!

Nancy le abrió. Estaba sensacional con un vestido de noche muy escotado.

—¿Qué haces aquí, James?

James miraba al fondo de la habitación por encima del hombro femenino.

—¿Dónde está?… ¿Dónde está?

—¿Quién?

—El hombre con el que ibas a salir.

Ah, te refieres a Tony Lane —dijo ella con voz irónica—. Estamos bebiendo martinis.

—Mi bebida favorita —repuso James y se coló en el apartamento.

—¡No hay bebida para ti! —contestó Nancy.

Vio al hombre del «Ford» negro que estaba junto al mueble bar con el vaso en la mano. Era guapo.

Nancy llegó ante él.

—James, te presento a Tony Lane, piloto de la aviación comercial. Señor Lane, éste es James Baxter, un compañero del periódico.

—¿Qué tal, señor Baxter? —le sonrió el piloto.

—Muy mal. Digo muy bien, ¿y usted?

—Ya lo ve. En el séptimo cielo con Nancy. ¿Nos vamos a cenar, Nancy?

—Oh, sí, desde luego. Hasta la vista, James.

James se frotó las manos.

—¿Saben lo que he pensado? Les voy a invitar a los dos.

—¡Ni hablar! —dijo Nancy.

El piloto rió otra vez.

—Perdone, señor Baxter, pero no me gustan las cenas con mucha gente. Ya tengo bastante con las que hago en el avión. Somos dos centenares de comensales.

James se echó a reír como si Tony Lane hubiese dicho el mejor chiste.

—Qué gracioso es usted —le dio una palmada en la espalda—. ¿Por qué no nos sentamos? Yo también tengo una buena colección de chistes.

—¡James! —exclamó Nancy—, creo recordar cuál era tu undécimo mandamiento. No estorbar a una pareja.

Cogió a James del brazo y le empujó hacia la puerta.

—Adiós, James. Hasta mañana, James. Que te diviertas, James.

—¿Adónde vas a cenar?

—¿Qué te importa?

—Lo digo por si el jefe te necesita.

—Eres muy servicial con el jefe y conmigo, pero no te lo digo.

—¿Qué mal hay en ello?

—Todavía no lo sé.

—¿No te ha dicho dónde te va a llevar?

—No.

Ya habían llegado al corredor porque Nancy había abierto la puerta.

—Oye, Nancy, ¿dónde conociste a ese tipo?

—Por ahí.

—¿Dónde es por ahí?

—Yo estaba en el restaurante. Se me acercó y ligamos.

James agrandó los ojos.

—¿Sólo eso? ¡Qué bandido!

—Cariño, utilizo tu procedimiento. ¿Cuántas veces nos has contado a los compañeros que el mejor procedimiento para ligar con una mujer es el de obrar con naturalidad? —¿Y dices que es piloto?

—Sí.

¿Lo has visto volar?

No, cariño, pero te voy a ver volar a ti porque te largas.

Dile que te lo demuestre.

—¿Qué cosa?

—Volar.

—Cariño, el único que va a volar ahora eres tú —contestó Nancy y cerró la puerta de un golpe.

James se dirigió hacia la escalera y esperó en la esquina, escondido.

Transcurrió un minuto y Nancy y Tony salieron riendo.

Entonces James se dio mucha prisa en bajar la escalera y en llegar a su coche.

Nancy y Tony salieron un poco después.

Cuando el auto negro se puso en movimiento, James fue detrás.

Se dirigieron a las afueras.

James sentía que el corazón le golpeaba con fuerza en las costillas.

Aquel hombre, Tony Lane, estaba procediendo con Nancy lo mismo que «El Ángel del Odio» con sus víctimas. Siempre las había matado en las afueras. Siempre había buscado los lugares solitarios.

Dejaron atrás las casas con las últimas luces.

El auto negro corrió un par de millas más por la carretera y se desvió por un camino vecinal.

James apretó el acelerador para no perderlos.

Se puso nervioso cuando empezó a correr sin ver las luces traseras del coche perseguido.

Dobló una curva y vio ante sí una recta. ¡Y allí no estaba el coche!

Entonces retrocedió muy deprisa haciendo chirriar los neumáticos.

Vio una lucecilla a lo lejos entre unos árboles.

Detuvo el coche, saltó y echó a correr.

Sí, allí estaba el «Ford» negro. Estaban fumando cigarrillos.

Corrió agachado para no ser visto y, al llegar junto al coche, se arrodilló en tierra aproximándose hasta la ventanilla donde estaba Tony Lane.

Pudo escuchar la conversación.

—Eres muy hermosa, Nancy.

El muy canalla estaba diciendo la misma frase de «El Ángel del Odio», porque se trataba de la misma persona. Pero sintió deseos de reír porque Tony Lane, alias «El Ángel del Odio», no sabía que él estaba allí para atraparlo.

No, nunca mataría a Nancy Roland.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y acarició la pistola que guardaba allí.

—Nancy.

—Dime, Tony.

Y la muy tonta estaba cayendo en la trampa.

—Tengo ganas de besarte.

—Lo dejaremos para después, Tony.

—¿Por qué para después si estamos ahora a solas?

—Es que tengo el estómago vacío.

Cenaremos luego.

No, yo quiero cenar antes.

Lo siento, Nancy, pero no me puedo estar quieto.

—Eh, ¿qué haces con las manos?

—Quiero ponerlas en tu cuello.

—¡No, por favor!

—Sí, Nancy, tu cuello es muy lindo.

James se puso en pie asomando la pistola por el cristal.

—¡Deje ese cuello quieto!

Tony estaba inclinado sobre Nancy, tratando de cogerla por el cuello y, cuando oyó aquella voz, dio tal salto que golpeó la cabeza contra el techo.

Al volverse hacia James, sus ojos estaban un poco bizcos.

Nancy gritó:

—James, ¿qué haces ahí?

—Ya lo ves. Impidiendo que «El Ángel del Odio» te agregue a su lista de víctimas.

—¿«El Ángel… del Odio»? Pero ¿de qué estás hablando, James? Te dije que Tony Lane es un piloto civil. ¿Es que no leíste los periódicos? Batió el récord de velocidad sin escalas y con carga, justamente el día que «El Ángel del Odio» asesinó a Dorothy Jones.

CAPÍTULO XIII

James, después de haber oído a Nancy, sintió la terrible sensación de haber hecho el ridículo.

Nancy se acercó a Tony.

—¿Te ha hecho daño?

—Me ha partido el cráneo.

—Yo no lo toqué —contestó James.

—Señor Baxter, ¿qué infiernos quiere? A Nancy, ¿verdad? Se la regalo.

Nancy gritó:

—¿Qué es lo que has dicho, Tony?

—No eres la chica que yo pensé.

—¿Y cómo pensabas que yo fuese?

—Una amiga más condescendiente.

Los ojos de Nancy despidieron chispas.

—Claro, yo tenía que dejar que me besases y consentir lo que viniese después…

—Naturalmente.

—¿Qué es eso de naturalmente?

—Te iba a llevar a cenar y a bailar.

—Entiendo, y por una cena y por un baile te ibas a cobrar por adelantado. James, ¿has dicho que no le pegaste a este hombre?

—No, no le pegué.

—Gracias —dijo Nancy, y le pegó un puñetazo a Tony en un ojo.

El piloto lanzó un aullido de dolor.

Nancy saltó del coche.

—Adiós para siempre, Tony. Por mí puedes seguir batiendo récords, pero no los batirás conmigo.

James se echó a reír.

—Tony, debió pensar mejor con qué clase de chica salía. Eso es lo malo de los principiantes.

—¡Váyase al infierno!

—¿Quiere que le hinche el otro ojo?

—No. ¡Tengo que volar mañana!

James corrió detrás de Nancy y la cogió por el brazo.

—Suéltame —exclamó ella—. Me has estado espiando.

—Sí.

—¿Por qué?

—Estaba celoso.

Nancy entornó los ojos.

—¿Es eso cierto?

—Claro que lo es.

—No te creo una palabra, James Baxter. Dijiste hace un momento que Tony era «El Ángel del Odio» —la joven empezó a parpadear—. Dios mío, es eso. ¡Me echaste a los leones! ¡Quiero decir, a «El Ángel del Odio»!

—Tranquilízate, Nancy.

—¡Y un cuerno me voy a tranquilizar! ¡Has abusado de mi confianza! ¡Eres un gusano, un reptil!

Nancy siguió avanzando y él corrió detrás.

Llegaron al coche de James y ella se metió dentro. James se puso ante el volante.

—Déjame que te explique, Nancy.

—¡No tienes nada que explicarme!

—No es lo que tú crees.

—Ahora te conozco bien, James Baxter. Por una crónica sensacionalista eres capaz de sacrificar a una compañera y de llevarla hasta la muerte.

—No, Nancy. No fui yo. Fue «El Ángel del Odio» quien te eligió.

—¿Qué?

—Admito que yo pensé esa idea, la de ofrecerte como cebo, pero tú misma me la quitaste de la cabeza. Entonces decidí ponerme yo en el anzuelo, pero no sirvió tampoco porque «El Ángel del Odio» rechazó el cebo y, por último, fue él mismo, el asesino, quien dijo: «De acuerdo, señor Baxter. Mataré a Nancy».

—Y tú le dijiste que estabas de acuerdo.

—Yo no le pude decir nada. ¡Fue él quien eligió!

—Pero tú no te opusiste.

—¿Crees que habría servido de algo que me opusiese? Ese hombre se cree un dios. Ese hombre es un loco. Se cree dueño de vidas y que puede suprimirlas cuando le parezca.

—Y ahora me va a suprimir a mí.

—No, Nancy.

—¿Quién lo va a impedir?

—Yo.

—¿Y cómo?

—Comeremos juntos. Cenaremos juntos. Dormiremos…

—Yo en una habitación y tú en otra.

—De acuerdo.

—Pero dejaré la puerta abierta. Y así hasta cuándo. ¿Hasta el juicio final?

James puso en marcha el coche y se alejaron de allí.

—No, Nancy, no creo que tengamos necesidad de esperar al juicio final. «El Ángel del Odio» atacará en cualquier momento y eso me dice que íbamos a cometer un error.

—¿Qué error?

—El de estar juntos.

—¿Quieres decir que debo estar sola?

—Sí.

—¡Ni hablar! Avisaré a la policía. Hablaré con el alcalde, con el comisionado. Quiero tener en mi casa a treinta o cuarenta policías. ¡Organizaré una rifa en su beneficio si es preciso!

—Nancy, no puedes tener tantos policías en casa.

—¿Por qué no?

—«El Ángel del Odio» no te visitaría.

—¡No quiero que me visite!

—¿Y cómo quieres que lo cace?

—Por mí te puedes ir a cazar la perdiz, el elefante o el ciervo.

—De acuerdo, Nancy. Dispón las cosas como quieras. Mete en tu casa a los polis. Que te vigilen noche y día. Es posible que el asesino se canse y decida elegir otra víctima.

Después de todo, no te matará, aunque seguirá matando a otras mujeres inocentes.

Viajaron en silencio durante un rato y al fin Nancy dijo con un gemido:

—Está bien. Dejaré que me mate.

James le sonrió.

—No, Nancy, no te van a matar.

—Eso es lo que tú dices, pero ese hombre ha demostrado ser muy listo.

—No lo es tanto como yo.

Llegaron al edificio de apartamentos y bajaron del coche.

James observó atentamente los alrededores, pero no vio nada sospechoso.

Subieron en el ascensor.

—Dame la llave, Nancy.

—¿Para qué?

—Voy a entrar sólo en el apartamento.

—Oh, sí, James, es una buena idea.

James sacó la pistola y abrió el apartamento.

Pasó al interior. Registró las habitaciones, los armarios y hasta debajo de la cama, y, finalmente, regresó a la puerta.

—Ya puedes entrar, Nancy. No hay nadie.

—¿Estás seguro?

—Miré hasta en el armario del cuarto de baño.

Nancy se sentó en el sofá, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—Buena chica —dijo James—. Debo marcharme.

—¡No! —gritó Nancy y, saltando del sofá, se colgó del cuello de James y éste la estrechó contra sí.

—Estás hecha un trozo de hielo.

—Por eso me debes seguir abrazando.

—Cariño, debo marcharme, pero estaré al final del corredor, escondido tras la esquina. Si él llega no le dejaré ni que entre. No, no tendrás necesidad de abrirle porque yo lo atraparé antes. ¿De acuerdo?

—Sí, James, pero no me falles.

—Te juro que no te fallaré.

James la besó con suavidad en los labios.

—¿Te he dicho que eres maravillosa?

—No.

—Pues lo eres.

James sonrió a Nancy y salió del apartamento.

Nancy tragó saliva al quedarse a solas. Bueno, ¿por qué tenía miedo? Estaba sola en el apartamento, pero James se encontraba fuera, con una pistola, listo para atrapar a «El Ángel del Odio» cuando apareciese.

Decidió cambiarse.

Entró en el dormitorio y se quitó el vestido, quedándose en combinación.

—Hola.

Nancy dio un gritito y se volvió.

Allí, en el hueco de la puerta, había un hombre. Tenía el cabello moreno, los pómulos altos, los ojos claros.

Nancy no logró decir nada.

—He dicho «hola».

Ella entonces levantó una mano y saludó con voz apenas audible.

—Hola.

—Eso está mejor.

—¿Qué? ¿Pasaba usted por el *living* y se llegó a visitarme?

El hombre se echó a reír.

—Eres una chica muy divertida.

—Sí, lo soy mucho. ¿Sabe que mis amigos me piden de vez en cuando que les baile el
can-can?

—¿Ah, sí?

—Se lo bailo ahora mismo a usted, pero aquí no tengo sitio. Vámonos a la calle.

Nancy se detuvo porque el hombre seguía cubriendo el hueco de la puerta.

Deseó con todas sus fuerzas que James entrase y eso le hizo recordar que él había registrado el apartamento sin encontrar a nadie.

—Oiga, ¿dónde estaba escondido? Y no me diga que se me metió en el tubo dentífrico.

—Es la mar de sencillo. Me metí por la ventana del *living*.

Nancy cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir. Así había sido de fácil. No, James, y ella no iban a ganar un premio por su agudeza.

El hombre se metió una mano en el bolsillo y sacó un cuchillo.

Nancy vio la brillante hoja de acero y sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—Sin gritar, nena.

—Oiga, «Ángel», le propongo algo. Déjeme que me suicide con pastillas para dormir.

Es mejor muerte porque así no sentiré nada.

«El Ángel del Odio» empezó a avanzar sobre Nancy mientras levantaba el cuchillo.

—Eres hermosa, muy hermosa. Has provocado deseo en los hombres, pero ya los vas a dejar tranquilos.

—Yo he sido siempre muy buena. Nunca me metí con nadie. Y nunca tuve un novio. En Arlington me llaman «La Tonta de Arlington».

Nancy terminó de retroceder, porque encontró en su camino la pared.

«El Ángel del Odio» se echó sobre ella.

Nancy quiso gritar, pero aquel hombre le cubrió la boca con la mano libre.

«El Ángel del Odio» se dispuso a clavar el cuchillo en el vientre de Nancy.

Y de pronto una mano surgió por detrás.

Nancy sintió que le flaqueaban las piernas.

James Baxter estaba luchando con el asesino.

Los dos forcejeaban, James sujetando la mano armada de su rival. Y de pronto el cuchillo se hundió en un vientre, en el del hombre que había matado a dos mujeres. Soltó un aullido lastimero de agonía, y cayó en el suelo debatiéndose.

—Llegaste a tiempo, James.

—Mi encendedor se quedó sin gas y entré aquí para pedirte fósforos.

Entonces Nancy se desmayó.

«El Ángel del Odio» resultó ser Stanley Croxton, calvo y traductor en la ONU. Estaba considerado como un hombre de gran talento, y hablaba a la perfección ocho idiomas. Pero un par de años antes se había tenido que someter a una cura de reposo en un sanatorio y, al parecer, la cura de reposo sirvió para que empeorase. No tenía hijos y entre sus familiares contaba un tío loco. Murió seis horas después de haber recibido la cuchillada por su propia mano.

Aquella madrugada, en la redacción del *Star* reinaba un gran júbilo por el feliz resultado de aquella encuesta que había iniciado el diario, el caso del hombre que eligió como *hobby* matar mujeres hermosas.

James Baxter encontró a solas a Nancy ante su mesa. La cogió por los brazos y la levantó. Se miraron a los ojos.

—Nancy, ya no quiero en mi vida más Margaret o Deborah.

—¿Por qué?

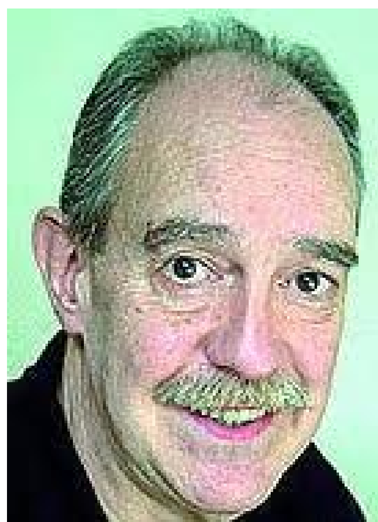
—Porque sólo quiero que haya una. Nancy Roland.

—¿Es cierto, James?

—Te daré una prueba. ¿Quieres casarte conmigo?

Nancy le dio la mejor respuesta. Aplastó su boca contra la de él.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).